

VALERIAM ÉMAR

Si

CECE

lo dice



**Si
CECE
lo dice**

Valeriam Émar

A Él, mi amigo, todas las menciones

Título: Si Cece lo dice

Copyright © 2018 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. CECE AMOR

2. LA REDACCIÓN

3. COMPROMISO ROTO

4. EL CLUB DE LOS VENGADORES

5. EL PASTEL DE BODA

6. EL CAMARADA DE LOS DEPORTES

7. BUSCANDO LA IGLESIA

8. EL ÚLTIMO VIERNES

9. EL VESTIDO DE LA DAMA DE HONOR

10. UNA VISITA INESPERADA

11. DESPEDIDA DE SOLTEROS

12. EL CAMARADA ATACA OTRA VEZ

13. EL ENEMIGO SIEMPRE ESTUVO CERCA

14. CORAZÓN CIEGO

15. ALIADA

16. CORTEJO

17. LOS PADRINOS

EPÍLOGO

PRÓLOGO

EN UNA remota isla del caribe, llamada Mulheres Tridente, habitada por solo mujeres, consideraban que ellas hacían las cosas mucho mejor que si los hombres estuviesen a cargo. Cuando surgían disputas, se buscaba el consenso en vez del problema. Nadie competía con nadie. Eran todas para una y una para todas.

Mulheres Tridente había sido fundada por Cece de Coração. Las olas la habían llevado hacia la isla cuando su embarcación se hundió en el mar mientras intentaba alejarse de su pueblo. Ella había sido expulsada de su hogar cuando la acusaron de adúltera al quedarse embarazada de un hombre que estaba comprometido. Agradecida de que la isla la había protegido y salvado la vida, Cece había ofrecido a su hija en compensación para que cuidara que Mulheres Tridente siguiera en el anonimato. Y desde entonces, en la isla solo se concebían hijas mujeres.

Las que se marchaban en busca de un marido, eran exiliadas y maldecidas por romper el protocolo de la comunidad. Temían que la zona se llenara de hombres y les modificara su forma de vida. Cada cierto tiempo, durante luna llena, ellas salían en grupo para seducir a pescadores y los llevaban a la isla para concebir hijos y luego los regresaban al mar. Y esas eran las únicas veces que un hombre podía pisar Mulheres Tridentes.

Nelma de Lima, había sido una de las tantas hijas que la isla había recibido como ofrenda, sería la primera mujer en romper las normas de la comunidad. Ella siempre había querido saber que existía más allá del océano que la rodeaba. Lo poco que conocía, lo hacía a través de los libros que las mujeres les robaban a los marineros.

Una tarde, mientras recolectaba cocos en la playa y observaba el anaranjado horizonte, supo que su monótona vida no volvería a ser la de siempre. Sus pupilas se dilataron y sus latidos empezaron a sonar más fuerte. Las olas habían arrimado una balsa a la orilla que traía a un hombre inconsciente, que tenía la piel cuarteada por el sol y estaba fuertemente deshidratado. Esa había sido la primera vez que la joven había visto a un hombre fuera de los libros. Su curiosidad le impidió regresarlo al mar.

Las olas le habían traído a Nelma su pasaje a la libertad.

Se aseguró de que nadie la viera cuando lo llevó a su cabaña para curarlo, a pesar de que sabía que estaba infringiendo una regla importante de Mulheres Tridentes.

El forastero se fue mejorando con sus cuidados con los días. Y ella se fue enamorando. Cuando él pudo empezar a hablar, contó que lo habían asaltado unos piratas y lo habían arrojado de la embarcación al océano, y había perdido a sus compañeros. Peter era arqueólogo y navegaba en busca de nuevos descubrimientos. Su grupo había salido de Inglaterra.

Él no fue inmune a la belleza de Nelma. Una isleña de piel dorada con ojos turquesas como las aguas del caribe. Descubrió que Mulheres Tridente no era solo una leyenda de marineros. Cuando la joven le dio los motivos por los cual ellos no iban a poder estar juntos, que ella le pertenecía a la isla, Peter le pidió que huyera con él a Londres. Ella no había salido nunca de la isla y sabía que no iba a poder ocultar a Peter por mucho más tiempo.

Nelma juntó a las mujeres en la aldea de reunión y les habló de Peter. Y como imaginó, no tomaron nada bien que hubiera estado ocultando a un hombre en su comunidad e hicieron uso del reglamento.

Nelma fue expulsada de la isla.

Nelma salió de la isla embarazada.

Nelma tuvo a su hija en Londres y la llamó Cece, como la fundadora

de Mulheres Tridente.

La isla le concedió a Cece un poder: ser experta en el amor.

Y la isla también le concedió una maldición: no distinguir el amor verdadero aunque lo tuviese en frente de sus ojos.

1. CECE AMOR

¿Puedo nombrar al mejor amigo/a de mi pareja?

A. Sí

B. No

«**EL EXCESO** de pasión, pero poco compromiso, podría resultar un viaje muy emocionante pero de corta duración», escribió para finalizar la última frase del artículo que tenía que publicar en la columna de la revista *Mujeres arriba*. Ella era una consejera sentimental y recibía varios correos por día de sus seguidoras pidiendo su ayuda.

Cece amor era famosa por no fallar nunca.

Cece amor era una experta dando consejos sentimentales, pero su vida amorosa era un desastre.

Ella había sido concebida en una isla que le había dado el don de que otras personas conocieran el amor verdadero y la maldición de que ella no pudiera ver el suyo. ¿Y la maldición podía romperse? A sus treinta años no había encontrado una respuesta a esa pregunta.

Apagó el ordenador y se levantó de la silla para meter el pavo en el horno. Alegre, su mejor amiga, iría a cenar, como todos los viernes por las noches. En su grupo de amigas, ellas eran las únicas que aún no se habían casado ni tenían hijos. Todavía le quedaba una aliada con quien burlarse de sus amigas casadas que nunca podían juntarse un viernes por la noche.

La luz verde del contestador titilaba. Apretó el botón y se escuchó:

«Hola, Cece, lo siento pero esta noche no podré ir, tuve que llevar a Tom al médico. La próxima vez prometo ir».

Borró el mensaje. No era ninguna novedad que ella no vendría a la cena. Tom era el hijo pequeño de Sofía, y estaba segura que en la próxima juntada ella tampoco podría. Sofía había enviudado hacía dos años y a veces

era bastante sobreprotectora con su hijo. Escuchó el mensaje siguiente:

«Sé que te prometí que iría esta noche, pero David me ha sorprendido con un viaje a Paris. ¡Ya sabes cuánto amo Paris! No pude negarme. Llevaré el vino en la próxima para recompensarte».

El flamante marido de Rachel siempre hacía cosas por el estilo para renovar el amor que había entre ellos. Era común que la sorprendiera con viajes exóticos, joyas, carteras. Suspiró. Hasta sentía un poco de envidia. Había hecho un buen trabajo cuando los presentó. Se sobresaltó cuando Alegra tocó el portero. Después de unos segundos, ella subió a su piso. Alegra era la fotógrafa de la revista *Mujeres arriba*, y fácilmente podía pasar por unas de las modelos con su casi metro ochenta.

—Traje el vino —dijo, enseñándole la botella del malbec cuando ingresó y luego la dejó sobre la encimera de la cocina—. Huele delicioso aquí adentro.

Ella sacó el destapador del primer cajón, abrió la botella y sirvió el líquido oscuro en las copas.

—El pavo estará en un momento y podrás llevarte un pedazo en un tapper porque seremos nosotras dos otra vez —le avisó.

—Como todos los viernes —replicó Alegra—. Deberíamos empezar a comer en un restaurante.

Se quitó las gafas de lectura cuando el vapor del horno le empañó los cristales al abrir la puerta.

—Pero es tradición juntarnos lo viernes en mi casa y búrlanos de nuestras amigas casadas, y agradecer de la suerte que tenemos de seguir solteras —le recordó.

Alegra se aclaró la garganta y deslizó el dedo índice por el pie de la copa. La conocía hacía bastante tiempo para saber que ella intentaba decirle algo que sabía que iba a molestarla.

—He decidido darle otra oportunidad a Lennon.

—¿Lennon? —Repitió—. ¿Quién conocimos en las Filipinas cuando fuimos de vacaciones e hizo que nos bajaran del avión porque según él había una bomba?

Alegra asintió con la cabeza.

—Tú fuiste quien me lo presentó —farfulló como una defensa muy débil.

—Estaba borracha y el alcohol me nubló el juicio.

—Cece amor nunca falla.

—Siempre hay una primera vez —murmuró a través de los dientes—. ¿Por qué quieres darle otra oportunidad a ese idiota?

—Porque tengo treinta y dos años y el reloj biológico se me está pasando.

Ella soltó un bufido.

—No eres tan vieja —gimió. Ella era solo un año menor—. Además, puedes congelar tus óvulos hasta que aparezca el hombre adecuado.

—Lennon podría ser el hombre adecuado.

Lo que ella recordaba de Lennon era que era un gilipollas con dinero alérgico al trabajo, y él no podía ser el hombre adecuado para ninguna mujer. Cogió la cuchilla y un tenedor y empezó a trozar el pavo cuando lo sacó del horno y lo fue poniendo en una fuente con más fuerza de la necesaria.

—No sabía que lo habías vuelto a ver —masculló, deshuesando la pata del pavo con la mano.

—Nos cruzamos en una galería de arte y empezamos a escribirnos —le contó—. Lennon podría ser un buen padre para mi hijo.

Bebió un trago de vino antes de decir:

—Entonces lo que buscas es su esperma.

—Él es guapo, se mantiene solo y folla como lo dioses. ¿Qué hay de

malo que quiera su esperma?

—Te sería más sencillo ir a un banco de semen.

Alegra puso los ojos en blanco.

—Quiero que me apoyes en esto Cece.

Alegra era una experta para salir con hombres inadecuados y estaba segura que Lenon encajaba a la perfección en esa categoría. Se limpió la mano con un trapo y se esforzó por sonreír. De algún modo se encargaría para que abriese los ojos y se diera cuenta de su error. Además de sentirse culpable porque ella había sido quien los había presentado. Para que quedara en claro, ese día se encontraban en una isla paradisíaca, en víspera de año nuevo y con varias copas encima. El exceso de felicidad también puede hacer que uno cometa errores.

—Sabes que siempre contarás conmigo —dijo a regañadientes.

—Lo sé —afirmó—, y esa es la razón por la que te pediré unos días de la próxima semana.

Además de tener la sección de *Si Cece lo dice* en la revista, también era la jefa de redacción. En otras palabras, ella era su jefa. Vació la copa de un solo trago y le lanzó una mirada precavida.

—¿Puedo saber por qué necesitas tomarte unos días?

Alegra le volvió a llenar la copa de vino.

—Debo ir a Edimburgo...

—¿Edimburgo? —Repitió, ceñuda—. ¿Acaso la editorial te ha pedido fotos de Escocia?

—¿Llevo el pavo a la mesa? —preguntó, sujetando la fuente entre las manos.

Ella la siguió por detrás. Tenía la sospecha que no le iba a gustar su respuesta.

—¿Hay algo más que debo saber que aún no me has dicho? —le

cuestionó.

Alegra se sentó en la silla y apoyó los codos sobre la mesa.

—Vale, planeaba decírtelo después de la cena.

Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza hacia un costado.

—El donante de esperma tiene algo que ver en todo esto, ¿verdad?

—Lennon me ha pedido que conozca a sus padres.

Dejó caer el cuerpo en la silla.

—¿No es demasiado pronto?

—Sabía que no ibas a entenderme.

—Pienso que deberías ir más despacio —comentó, sirviéndose una pata del pavo en el plato.

Alegra chasqueó la lengua.

—Creo haberte dicho que mi reloj biológico está corriendo. En un mes tendré treinta y tres años, y no puedo seguir esperando que aparezca una mejor opción. En este momento, Lennon es mi mejor opción —dijo, decidida—. Y como sé que eres una buena amiga, me apoyarás en esto.

Ella cogió la servilleta y la puso sobre el regazo.

—Apoyarte en esta locura sería como ir en contra de mis principios. Soy Cece amor, la que te ayuda a encontrar a tu pareja correcta con cien por ciento de acierto, ¿lo recuerdas, verdad? —Farfulló—. Si alguien se entera de esto, creerán que soy un fraude.

Alegra dejó los cubiertos al costado del plato.

—¡Joder, Cece! —Chilló—. Solo te estoy pidiendo que me des unos días libres para la próxima semana. Y si tus lectoras supieran que su consejera de amor es un fracaso en su vida sentimental, también pensarían que eres un fraude.

Ella la miró boquiabierta.

—Ya sabes la razón de mi fracaso amoroso, nunca hallaré al amor

verdadero y cada hombre que se me acerca, les traigo mala suerte.

Y todos sus ex podían corroborar lo que decía.

—¡Oh, sí! —Exclamó, abriendo grande los ojos—. Fuiste engendrada en una isla de solo mujeres que te maldijeron cuando expulsaron a tu madre —repuso con evidente sarcasmo—. ¿Alguna vez has pensado en regresar a la isla?

Se llevó un bocado de pavo a la boca, masticó despacio y luego respondió:

—Lo haría si supiera donde queda exactamente.

—Tal vez no lo sabes porque no existe, cariño.

Ella resopló.

—¿Tienes el periodo, verdad?

Alegra relajó los hombros e inclinó la copa hacia ella.

—Llevemos la cena en paz, ¿vale?

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Te daré los días que me pides.

—Gracias —repuso, seguido de beber un sorbo de vino—. Prometo que serás la madrina de mi hijo.

—Y te prometo que encontraré el padre correcto para mi ahijado.

2. LA REDACCIÓN

¿El romance es definitivamente parte de nuestra relación?

A. Sí

B. No

CRUZÓ las piernas y miró a su secretaria por encima de las gafas, a la vez que tamborileaba el bolígrafo sobre el cuaderno que tenía encima del regazo. Katy le había pedido que le diera una sesión de pareja con su esposo en su despacho y los ayudara a recuperar su relación del principio. Hacían siete años que ellos estaban casados y su matrimonio no estaba funcionando muy bien. Podía ver ira retenida dentro de la pareja y cuando la olla estallara, ninguno de los dos se beneficiaría. Su misión era prevenir el desastre que les vendrían si no mejoraban su comunicación.

—Tal vez mis métodos no sean tan convencionales, pero para que funcionen ustedes deben cooperar —les advirtió.

—Haremos todos lo que nos pidas, Cece —repuso su secretaria como si en ella estuviese todas sus esperanzas para salvar su matrimonio.

—Vale... —hizo una pausa—. Ahora quiero que se miren el uno al otro a los ojos y se digan todos los insultos que hasta al momento no se han atrevido a decirse.

Katy, su secretaria, la miró ceñuda.

—¿Nos pides que nos insultemos?

—Sí, tendrán este espacio para decirse todas las cosas que no se dicen por miedo a lastimarse —afirmó—. Hagan de cuenta que mi oficina es en un terreno neutral.

—Pero no tengo nada malo que decirle a mi esposa —añadió Devon.

Y ese era el problema. Él no tenía reacción, parecía vivir en

automático y celebraba cada palabra que decía su mujer.

—Empezarás tú, Katy —le pidió.

Su secretaria asintió con la cabeza. Observó a su marido a la cara y dijo:

—Cabrón, chupa pene, borracho, mediocre, pene flojo, desgraciado, come mierda...

La sesión se interrumpió cuando golpearon la puerta. Susan, la directora de la editorial, asomó la cabeza en su despacho.

—Necesito tu artículo para la impresión de mañana, Cece —le avisó su jefa.

Se quitó las gafas y las apoyó sobre el cuaderno.

—Te lo llevaré a la oficina en un momento.

—Vale —expresó. Echó una ojeada en su despacho y arrugó el entrecejo al ver a su secretaria con su marido—. ¿Qué estaban haciendo?

El rostro de Katy entró en pánico. Si Susan se enteraba que su secretaria se había tomado su hora de trabajo para sus problemas personales, su puesto en la redacción corría grave peligro.

—El artículo que saldrá el viernes estará dirigido al verdadero enemigo del matrimonio, la rutina y Katy se ha ofrecido a ayudarme con el tema —respondió, lanzándole a su secretaria una mirada tranquilizadora.

La directora la señaló con el dedo índice.

—Quiero el artículo sobre mi escritorio en una hora.

Susan había fundado *Mujeres arriba*, una de las revistas del corazón más vendida entre las mujeres, en la cochera de su casa y esa era la razón por la que ella siempre estaba en cada detalle, buscando la perfección de sus notas. Por momentos podía ser bastante asfixiante con lo exigente que era con sus empleados, pero comprendía que debía ser una tarea ardua para ella mantener su pequeño imperio. Le había dedicado toda su vida, ni si quiera

había llegado a casarse. Su amor era la revista y había pagado un precio muy alto por tenerla: llevar una vida solitaria. Suspiró. Tal vez *Cece amor* podía hacer algo por su jefa.

—Tendrás la nota en tu oficina en media hora —replicó.

Katy se llevó una mano al pecho cuando la directora se retiró.

—Gracias, Cece, pensé que iba a quedarme sin empleo.

—Pero perderé el mío si no le entrego el artículo en media hora —dijo. Miró a Devon y añadió—: En nuestra próxima sesión deberás traer anotado todos los insultos reprimidos que no te atreves a decirle a tu esposa.

Él negó con la cabeza.

—Esto no funcionará, tengo la mejor mujer del mundo.

Katy soltó un bufido.

—Me he acostado con todos tus compañeros del Buffet.

Devon abrió grande los ojos.

—También le he practicado sexo oral a tu jefe en su oficina mientras esperaba que tú regresaras de un caso.

—¡Eres una zorra! —Rugió él—. ¡Mataré a esos hijos de puta!

Kate se cruzó de brazos y sonrió.

—Mi esposo ya tiene material para escribir su lista de insultos.

Cogió una de las tantas cartas que su secretaria le había dejado encima del escritorio. Le gustaba tomarse el tiempo para leer a sus lectoras y contestarles en la sección *Cece responde* que se publicaban los días miércoles. Sus ojos empezaron a moverse al ritmo de la lectura:

«*Querida Cece,*

Soy tu más fiel seguidora, recurro a ti porque sé que me darás el consejo que necesito en este momento de mi vida. Soy una mujer desdichada.

Se supone que debería estar feliz porque en un mes me caso, pero siento que me asfixio cuando pienso en la boda e imagino que tendré que compartir mi vida con un hombre que ya no sé si amo. Me han dicho que son los nervios de la boda, pero no estoy segura de que lo sea. ¡Tengo fantasías con otros hombres todo el tiempo! ¿Acaso eso también es normal? Él ya no me complace en la cama como antes ni tampoco me mira como solía hacerlo. Todo se ha vuelto una monotonía. Creo que me propuso matrimonio porque se sintió en la obligación de hacerlo después de cumplir cuatro años de novio.

¿Y si él no es el hombre de mi vida? ¡Qué debo hacer Cece! ¿Piensas que no debo casarme?

Te saluda, una novia desesperada».

Ella se tomó unos segundos para meditar antes de responderle a su lectora. Era un típico caso de parejas que habían entrado en la etapa de la monotonía y creían que el matrimonio solucionaría todos sus problemas. Matrimonios que terminaban en fracasos y en menos de un año se pedían el divorcio.

«Querida novia desesperada,

Has hecho bien en escribirme, me gustaría tener una bola de cristal y decirte lo que debes hacer, pero la decisión final de si debes continuar con la boda depende de ti, solo puedo ayudarte a saber si eres compatible con tu pareja. ¡Todavía estás a tiempo de no cometer un grave error!

Si no coinciden en las respuestas a las preguntas que deben responder, puede que no sean del todo compatibles. Lo mejor para tener cosas en común con tu [pareja](#) es mediante aficiones y de ese modo podrán disfrutar del tiempo que pasan juntos. ¿Les gusta el mismo [deporte](#)? ¿Tienen un plato preferido? ¿Coinciden cuando les preguntan cuál es su [ciudad](#)

favorita? Pero para el matrimonio ya no solo importan temas triviales como estos, sino también en las cuestiones que consideran más importantes. ¿Tienen una idea en común sobre su futuro? Si no te habías planteado la compatibilidad con tu pareja, deberías hacerlo antes de dar un paso tan importante. Y sobre todo, deberías conocerte a ti misma para saber que es lo que realmente quieres dentro y fuera de la cama.

Te dejaré algunas reflexiones para que medites con tu almohada. ¡Debes ser cien por ciento sincera contigo misma!

¿Te ha llegado este amor cuando ya empezabas a impacientarte?

¿Eres una mujer independiente y capaz de ser feliz sin pareja?

¿Necesitas tener una pareja estable para sentirte segura y protegida?

¿Crees que el hombre con el que quieres compartir tu vida te valora y respeta tus inquietudes?

¿Para ti lo prioritario es verte un día convertida en madre y esposa?

¿Confías en que con paciencia le harás cambiar en algunos aspectos?

¿Has estado enamorada de otro más de lo que lo estás ahora de él?

¿Estarías dispuesta a renunciar a algunos sueños por él?

Espero haberte ayudado, novia desesperada. Y no olvides de compartir con todas nosotras la decisión que vayas a tomar. Tu caso puede ayudar a otras mujeres.

Tu consejera, Cece Amor».

Se reclinó en la silla y leyó otra vez su respuesta para no omitir ningún punto importante. Se sintió satisfecha por lo que había escrito. Esperaba que su lectora pudiera tomar la decisión correcta. Mando a imprimir la nota y luego se dirigió a la oficina de la directora para dejarle el artículo sobre el escritorio.

3. COMPROMISO ROTO

En las discusiones que tenemos, los dos tenemos influencias y damos nuestros argumentos.

A. Sí

B. No

ELLA no podía estar hablando en serio. Miró otra vez el anillo de compromiso que Jennifer le había devuelto, como si eso le ayudara a entender porque su prometida estaba rompiendo con él después de haber cumplido cuatro años de novios. Alzó la vista hacia ella completamente desorientado.

—Creí... creí que estábamos bien.

—Lo nuestro no tenía futuro, Jerry.

Él sacudió la cabeza.

—¿No tenía futuro? —Repitió, dejándose caer en el sofá—. ¿Y recién ahora te das cuenta de eso? ¡Faltan menos de tres meses para la boda! —rugió.

—Si seguimos con la boda, nos divorciaremos en menos de un año. ¿Es eso lo que quieres, Jerry? —Le cuestionó—. Admite que la pasión que había entre nosotros se ha acabado hace tiempo.

—¿Estás saliendo con otro, verdad?

Ella resopló.

—No existe un tercero —dijo—. Le pedí consejos a Cece amor y ella me ha ayudado a aclarar mis ideas y a tomar una decisión.

Sus cejas se unieron en un ceño fruncido.

—¿Quién diablos es *Cece amor*?

—¿Lo ves Jerry? ¡Ni si quiera sabes quién es Cece amor! —Exclamó—. Te he estado comentado los artículos de ella durante todo este tiempo y tú

ni si quiera me has escuchado. Cece tenía razón, no somos compatibles.

Él parpadeó.

—Déjame que te comprenda, cariño, dices que rompes conmigo porque una tal Cece te lo ha dicho.

Jennifer se cruzó de brazos.

—No directamente, pero sus consejos me ayudaron a tomar una determinación. Cece amor nunca se equivoca.

—¡Joder, Jennifer! Dime que todo esto es una broma.

Ella negó con la cabeza.

—No Jerry, la boda se cancela —dijo, decidida—. Y voy a pedirte que te vayas de la casa hoy mismo. Será lo mejor para los dos.

Se guardó el anillo de compromiso que había sido de su abuela en el bolsillo del pantalón. Todavía le costaba asimilar lo que le estaba sucediendo. Hacía una hora atrás, él estaba comprometido, se casaba en menos de tres meses y tenía una casa. ¡Todo se había ido al demonio por culpa de la tal Cece amor!

Se refregó el rostro con las manos y respiró hondo.

—Vale, será esto lo que haremos, cariño —continuó—. Me iré por unos días y tú te tomarás ese tiempo para recapacitar —intentó abrazarla, pero ella se alejó—. Te darás cuenta que todo ha sido un grave error. Solo estás asustada por la boda, yo también lo estoy, es normal lo que te sucede.

—Dejé tus maletas preparada en la alcoba.

Él enarcó una ceja.

—Veo que ya tenías todo planificado —comentó, sorprendido.

—No lo hagas más difícil, Jerry.

Cogió las maletas que su prometida le había armado, dejando atrás lo que había sido su hogar durante cuatro años. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Llamó a su primo para pedirle alojamiento en su

departamento hasta que él encontrara un lugar a donde vivir. Juró que buscaría a la tal *Cece amor* y se vengaría por haber arruinado su planificada vida.

Alzó la vista de golpe cuando abrieron la puerta de la oficina. Dejó sus gafas de lectura sobre el escritorio y sonrió de oreja a oreja al ver que Alegra ingresar a su despacho. Ella había regresado unos días antes de su viaje a Edimburgo. Sabía que su romance con Lennon no podía ser nada serio.

—Te advertí que Lennon no era para ti —murmuró con cierto regocijo por no haberse equivocado.

Alegra corrió la silla y se sentó en frente de ella.

—Nunca pensé que diría esto, pero no has acertado por primera vez —dijo, divertida—. Si regresé antes de mi viaje, es porque no aguantaba un día más para contarte que Lennon me ha pedido matrimonio.

Soltó una risita.

—¿Ah, sí? —Explayó—. Y a mí la reina Isabel me ha invitado a tomar el té.

Alegra extendió su mano izquierda y le enseñó su dedo anular que estaba decorado con un enorme diamante. Se le quedó mirando boquiabierta.

—¿Él te ha pedido matrimonio? —preguntó para asegurarse que había oído bien.

—¿Te he dejado helada, eh?

—¿Y qué has respondido tú?

—¿Tú que crees? —murmuró, mientras observaba su sortija con una sonrisa empalagosa.

Sacudió la cabeza.

—¿Acaso te has vuelto loca?

—Y tú serás una de las damas de honor —dijo, emocionada.

—¡Dama de honor una mierda! —Chilló, asentando las palmas de las manos contra el escritorio—. ¿No puedes hablar en serio? ¡Ni siquiera se conocen!

Alegra le lanzó una mirada pícaro.

—Lo que conozco de él me es suficiente —expresó—. ¡Vamos, Cece! ¿No te hace feliz verme feliz?

Lo sería si no supiera que Lennon era un imbécil.

—Ahora mismo le pediré a mi secretaria que haga una lista con los bancos de espermas que hay en Londres —dijo, extendiendo la mano para apretar el botón del intercomunicador y llamar a Katy.

Alegra apoyó su mano sobre la suya y la detuvo.

—No harás nada de eso, simplemente serás una buena dama de honor —farfulló—. Dale a Lennon otra oportunidad, ¿vale?

Ella parecía muy decidida de llevar a cabo la locura más grande de su vida. Soltó un bufido de exasperación y asintió con la cabeza.

—¡Estupendo! —Gimió Alegra, juntando las manos—. Llamaré a Sofía y a Rachel para darle la noticia.

Y fue allí cuando se dio cuenta que pronto ella se convertiría en la última soltera entre sus amigas. Se esforzó por esbozar una sonrisa.

—Ellas ahora estarán feliz de saber que te has unido a su club —comentó.

Alegra enarcó una ceja.

—¿Acaso estás celosa? —se mofó.

Puso los ojos en blanco.

—Regresa a tu puesto, Alegra —dijo, poniéndose sus gafas de lectura—. Y espero que hayas traído buenas fotos de Edimburgo para la revista.

Alegra se levantó de la butaca y se detuvo bajo el marco de la puerta

antes de salir de la oficina, y la observó por encima del hombro.

—Me olvidaba de avisarte que debes reunirte con el padrino que ha elegido Lennon y ayudarnos con los detalles de la boda que será en dos meses.

El rostro se le transfiguró.

—¡Pero yo no sé nada de bodas! —gimió.

—Y esa es la razón por la que el padrino del novio te ayudará con los detalles —replicó, cerrándole un ojo—. Lennon me avisó que él tiene algo de experiencia en el asunto.

Katy hizo a un lado a Alegria e ingresó al despacho como si hubiera visto al mismo demonio.

—¡Debes ver esto Cece! —gritó, apoderándose del teclado del ordenador.

Su secretaria le enseñó el blog del *Camarada del deporte*. Frunció el ceño. No entendía la razón por la que Katy se hallaba tan alterada. El perfil del blog era muy diferente al de la revista *Mujeres arriba*. Evidentemente, la página estaba dirigida a un público masculino.

—¿Quién es el *camarada del deporte*? —preguntó Alegria, mientras ojeaba la pantalla por detrás de sus espaldas.

—Él es conocido por sus artículos agresivos contra algunos dirigentes fraudulentos del deporte, y de haber logrado que ellos perdieran su cargo al desenmascararlos —respondió su secretaria—. Nadie sabe cómo es, actúa algo así como en el anonimato.

—¿Y por qué me quieres enseñar un blog que está dirigido al deporte?
Katy respiró hondo.

—¿Prometes no hacer un alboroto?

Ella no era fanática de ningún deporte, por lo tanto no existía razón para enojarse si su equipo preferido hubiera perdido. Asintió con la cabeza y

su secretaria hizo «click» en el último artículo publicado por el dichoso camarada.

—¡Hijo de fruta! —rugió, levantándose de la butaca de golpe.

El camarada del deporte le había dedicado un artículo completo haciéndola quedar como un fraude. Había utilizado una foto suya para transformarla en una horrible medusa. «*Cece amor, la depredadora del romance*», la había bautizado el muy gilipollas.

—¿Cuál es el verdadero deporte de *Cece amor*? Sacarte roja directa y dejarte fuera del partido en el mejor momento. Es una perdedora que debe vivir su vida a través de los demás, y se siente poderosa destruyendo parejas felices. Si fuiste una de las tantas víctimas de sus artimañas, deja tu comentario. Solo unidos podremos desenmascararla. Les juro que nos llevaremos la copa al final del campeonato —leyó Alegra en voz alta—. ¡Vaya! Creo que te has hecho un enemigo.

Puso los brazos en jarra, soltando humo por los orificios de la nariz.

—Si logré que la mujer de ese gilipollas lo dejara, hice un gran acto a la humanidad.

—¿Y cómo sabes que el *camarada* es un hombre? —le cuestionó Alegra.

—Porque solo un hombre despechado puede sonar así.

—Las serpientes de tu cabeza no te quedan tan mal —se mofó su secretaria.

Ella le lanzó a Katy una mirada de advertencia para que cerrara la boca. No estaba de humor para bromas.

—Quiero que me averigüen todo lo que puedan sobre el capullo que se hace llamar el *camarada del deporte*.

—Le das más importancia al asunto de lo que deberías, Cece —dijo Alegra—. ¿Cuántas personas crees que leerán esto?

—Su blog tiene ocho millones de seguidores —comentó Katy—. Olvidé mencionarles que él o ella, es bastante famoso en su círculo del deporte.

Respiró hondo y les pidió que la dejaran sola en la oficina. Estaba tan molesta que no quería desquitársela con ellas. Dejó caer el cuerpo en la butaca y leyó los comentarios de los seguidores del blog. Se ahogó con un gemido de consternación al leer la cantidad de mensajes que había contra ella. El mundo rosa en el que creía que vivía acababa de desmoronarse. Sabía que era una actitud masoquista seguir leyendo, pero no podía detenerse.

«Cece amor apesta, por su culpa mi mujer se fue con mi vecino».

«Cece amor hizo que mi novia me dejara».

«La zorra de Cece amor le metió en la cabeza a mi pareja que no éramos compatibles».

Hizo una mueca con la boca con desdén. *«Evidentemente quien hubiera escrito ese comentario, no podía ser compatible con ninguna persona sensata»*, pensó.

Apagó el ordenador y contó hasta tres. Él no conseguiría que perdiera la calma. Ella no era un fraude y el tiempo le daría la razón. El camarada del deporte estaba equivocado si pensaba que él se llevaría la copa. Anotó en su agenda el tema de su próximo artículo: ¡Huyan de los hombres despechados!

4. EL CLUB DE LOS VENGADORES

Mi pareja es de gran ayuda al momento de resolver problemas.

A. Sí

B. No

ÉL DORMITABA en el sofá tras el largo día que había tenido, mientras la televisión emitía un partido viejo del Manchester City con el Liverpool. El timbre de la puerta lo sobresaltó y se sintió irritado ante la interrupción. Se levantó de mala gana y fue a abrir.

—¿Camarada del deporte? —preguntó el hombre delgado que estaba en el pasillo.

Se rascó la nuca y frunció el ceño.

—Sí —afirmó—. ¿Y tú quien diablos eres?

El hombre lo hizo a un lado e ingresó al departamento.

—Lamento llegar tarde, —repuso— lindo lugar —agregó, soltando un silbido—. Traje unas cervezas —le enseñó un pack de latas—. ¿He sido el primero en llegar? —preguntó, mirando a su alrededor.

Cerró los ojos y resopló. ¡Joder! Se había olvidado que se juntaría con todas las víctimas de Cece amor.

—Pediré unas pizzas mientras esperamos que llegue el resto de los damnificados —expresó—. ¿Y tú eres? —quiso saber.

El hombre se le acercó y extendió un brazo para apretar su mano.

—Erik Thomson —se presentó—. Trabajo como chef en el restaurante Intercontinental.

—Jerry Smith —dijo—. Y fui otra víctima de Cece amor.

El resto no tardó en llegar. Cada uno contó como la depredadora del romance había arruinado su vida. El club de los vengadores acababa de inaugurarse. Pusieron una foto de Cece amor en un tablero de puntería y

llenaron su frente de dardos. El club era bastante heterogéneo, además de un chef, había un guardia de una tienda, un médico cirujano y un diseñador de ropa. Los cinco se habían comprometido a desenmascarar a la estafadora del amor. Y brindaron con cerveza y piza por la pronta caída de su enemiga.

Su primo interrumpió el festejo cuando ingresó al departamento. Había creído que pasaría la noche con su prometida. Él le había permitido dormir en el sofá hasta que consiguiera un sitio donde instalarse o hasta que Jennifer entrara en razón y lo dejara volver a su casa. Le arrojó una lata de cerveza y él la atrapó entre sus manos.

—¿Te unes a nosotros? —le preguntó.

Su primo enarcó una ceja.

—Lo haría si la reunión no fuese solo una ensalada de huevos.

Erik miró la hora y resopló.

—Ya es tarde debo irme —dijo, recogiendo su chaqueta—. Si encuentro a más víctimas los pondré al tanto del club —agregó, arrojando la lata al cesto de basura.

Los demás no tardaron en seguir los pasos de Erik, afirmando que apoyaban cualquier decisión que se tomara para destruir a Cece amor. Ni cuando había ganado su equipo preferido había sentido tanta satisfacción.

—¿Quién es Cece Amor? —preguntó su primo, bebiendo un sorbo de cerveza.

—La mujer que arruinó mi boda con Jennifer —respondió, arrojándose de golpe sobre el sofá.

—Deberías hacerle un altar en vez de destruirla —comentó, a la vez que quitaba los dardos de la foto—. Ibas directo al matadero.

Dobló los brazos detrás de la cabeza e hizo una mueca con la boca.

—Lo dice alguien que en pocos días va a casarse.

Él resopló.

—Porque no tengo otra elección...

Revoleó los ojos.

—Lo que haces es una locura, Lennon.

—Una locura de cincuenta millones de libras.

—¡Joder Lennon! —Gimió—. ¡Planean traer un niño al mundo!

Su primo abrió otra lata de cerveza y le dio un sorbo.

—Ella necesitaba mi esperma, y yo necesitaba una esposa que me durara tres años como mínimo y a un niño que siga con el legado de la familia —se encogió de hombro—. El trato es justo.

Sacudió la cabeza. Para que Lennon pudiera cobrar la herencia de su abuelo debía casarse y traer un heredero, y su matrimonio debía durar tres años como mínimo.

—Los dos se han vuelto completamente locos —replicó.

—Y tendrás que ser parte de esta locura, porque tú serás el padrino.

—¡Ni de coña! —Rugió—. Las bodas ya me dan escalofríos.

Lennon chasqueó la lengua.

—Si quieres recuperar una parte del dinero de tu fallida boda, deberías reconsiderarlo.

Él se aclaró la garganta.

—Explícate mejor...

Lennon respiró hondo.

—Organizar una fiesta lleva su tiempo y es estresante, y como debo casarme cuanto antes, pensé que podría usar todos tus preparativos.

—¿También incluye el traje del novio?

Su primo se rió.

—Por supuesto —afirmó—. Pero tú te encargarás de todos los detalles junto a la dama de honor que elija mi futura esposa.

Él enarcó una ceja.

—¿Y tú qué harás?

—Disfrutar de mis últimos días de soltería.

Poder recuperar una parte del dinero de su boda valía la pena cualquier tipo de esfuerzo. Aceptó ser el padrino de su primo.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, mientras caminaba hacia el café donde se encontraría con una de las damas de honor que había elegido Alegra, la futura esposa de su primo. Debían llegar a un acuerdo en la organización de los detalles de la boda. Él ya se había arrepentido de haber aceptado ser el padrino mucho antes de lo que imaginó. Se detuvo al borde de la acera, al tiempo que esperaba que el autobús circulara para luego cruzar la avenida. Soltó un bufido cuando observó la enorme estampa de Cece Amor en el transporte promocionando su nuevo libro. ¿Quién diablos se compraría esa basura? Alguien que no conocía la verdadera cara de la depredadora del amor. Se sintió furioso al recordar lo que ella había hecho con él.

El semáforo pasó de verde a rojo y cruzó la avenida. Necesita hallar el modo de desenmascarar a la estafadora. Ingresó a la cafetería y buscó en las mesas a la mujer que llevaría un sobretodo rojo. Parpadeó una vez y otra vez cuando la encontró. ¡Joder! ¡Él debía tener alucinaciones! La dama de honor no podía ser la mismísima Cece amor. De repente, creyó que era una señal del cielo. Las casualidades no existían. El universo estaba conspirando a su favor.

Esbozó una amplia sonrisa y se acercó a la mesa.

—¿Tú eres la dama de honor de Alegra? —se aseguró ante la dulce tentación.

Ella alzó la vista hacia él y se quitó las gafas de lectura.

—¿Y tú debes ser el padrino de Lennon?

Su cara de niña buena no iba a detenerlo para llevar adelante su plan contra ella.

—¿Puedo sentarme? —preguntó como el caballero que no era.

Ella apartó los papeles que tenía sobre la mesa y los guardó en su maletín.

—¡Oh, sí! —Exclamó—. Espero que no te moleste que ya haya ordenado mi café.

Todavía no podía creer que estuviese sentado en la misma mesa con su enemiga. Ella lo miraba toda sonriente y amable con sus encantadores ojos azules. Pero a él no la engañaba, sabía la clase de monstruo que ella era.

—No te preocupes, ahora pediré mi café —repuso, levantando la mano para llamar al camarero—. Solo estoy molesto porque arruinaste mi boda.

Cece frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Que me molestaría si arruinamos esta boda.

El rostro de ella se relajó.

—Debo ser sincera contigo, no sé nada sobre bodas —le confesó.

Él hizo una mueca con la boca.

—Tengo algo de experiencia en el asunto.

—¡Estupendo! —Replicó, aliviada—. ¿Por dónde empezamos?

5. EL PASTEL DE BODA

Al final del día a mi pareja le agrada verme.

A. Sí

B. No

ÉL NO SE PARECÍA en nada al hombre que ella esperaba como padrino. Esperaba a alguien mucho peor, sobre todo porque era familia de Lennon. Sus pupilas se dilataron y su pulso se aceleró, tuvo que beber un poco de jugo de naranja cuando sus labios se secaron. Lo estudió con la mirada. Su cabello era castaño y tenía unos intensos ojos marrones, y una pequeña cicatriz en su ceja izquierda que le asentaba muy bien en el rostro. Él vestía unos Levi's gastados y un jersey azul con unos puntos salidos en el codo. Tenía una apariencia despreocupada, muy diferente a la de Lennon, que le gustaba usar ropa de diseño y presumir lo guapo que era. Todavía no comprendía porque Alegra lo había elegido a él para que fuese el padre de su hijo.

—Jerry Smith —se presentó el padrino de la boda—. ¿Tú eres la consejera, verdad?

—Cece amor, la misma —afirmó—. Lo siento, pero tengo poco tiempo y me gustaría que empezáramos a organizarnos —se apartó el pelo de los ojos y de pronto creyó que podía tener un aliado para convencer a los novios que la boda era un grave error—. Tendremos que apurarnos porque la boda avanza más rápido que nosotros. Los novios beberían ir más despacio, ¿no crees? —empezó a tantear el terreno.

Él se reclinó en la silla y entornó los párpados.

—Para ser una persona que se dedica a dar consejos de pareja, pensé que dirías que el amor no tiene tiempo —dijo, en un tono bastante sarcástico.

—Me refiero a que deberían conocerse un poco más.

—¿Cuánto tiempo sería lo ideal? ¿Cuatro años? Pero creo que para ti tampoco es suficiente.

¿Era su impresión o el padrino la estaba prejuzgando?

—Que ellos superaran los tres meses sería suficiente —repuso, mordaz.

Jerry le lanzó una mirada tan feroz, que parecía que intentaba prenderle fuego con los ojos.

—¿Y cómo los novios no cumplen con tus requisitos piensas que no deberían casarse? —le cuestionó con cierta dureza.

Definitivamente, él tenía algo contra ella y no sería el aliado ideal para desbaratar toda esa locura. ¡Bendito Dios! ¡Tendrían que verse durante varios días! Bebió el último sorbo de café y se esforzó por sonreírle.

—Empezaremos por el pastel de la boda.

—¡Excelente! —exclamó el padrino, volviendo a utilizar su tono sarcástico.

¿Qué diablos ocurría con él?

—¿Cece? —Murmuraron a sus espaldas—. ¡No puedo creerlo! ¡Eres tú! ¡Tina tienes que ver quien está aquí! —gritó eufórica una de sus seguidoras.

Jerry, que parecía estar más enfadado, se levantó de la silla de golpe y dejó dinero sobre la mesa.

—Te esperaré afuera...

Después de firmar un ejemplar de su libro y sacarse varias fotos con sus seguidoras, fue tras él.

—¿Qué ocurre contigo? —Le preguntó, sujetándolo del brazo—. ¿Acaso te he hecho algo?

Las venas del cuello de él se tensaron.

—Por supuesto que no, si apenas te conozco —dijo, a través de los dientes—. He tenido un mal día —señaló la cafetería con el mentón—. ¿Tienes muchos seguidores, verdad?

Se encogió de hombros.

—Son lectoras que le gustan oír mis consejos —murmuró, sonrojada.

—Parece que te adoran —expresó, al tiempo que hacía seña a un taxi con la mano.

—No todos me adoran —lo contradijo, abotonándose el tapado hasta el cuello.

Su respuesta acababa de captar toda la atención del padrino.

—¿Ah, no?

—Existe un blog que intenta desprestigiar mi imagen.

—Tal vez lo hacen porque tú le has hecho algo.

Los ojos de ella, ambos, se estrecharon.

—Imposible, porque nunca me equivoco.

Un taxi se frenó y él abrió la puerta trasera del coche y la miró por encima del hombro.

—¿Estás segura de eso, cariño?

Alzó el mentón, orgullosa.

—Tengo el don de emparejar a las personas que están destinadas a estar juntas.

—Ohh... —gimió—. ¿Entonces eres una especie de cupido? —se mofó.

—Vale, no me creas —dijo, cruzándose de brazos—. Pero te aseguro que esas personas que escriben en ese blog son unos perdedores y despechados, que en vez de preguntarse qué he hecho mal, prefieren echarle la culpa a terceros de sus propios errores.

Y otra vez la vena del cuello de él había vuelto a tensionarse.

—Tendrás que tomarte otro taxi.

Echó el rostro hacia atrás y las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¿Cómo dices?

—Debo estar en otro sitio antes de pasar a la pastelería —respondió, ingresando al coche. Cerró la puerta y bajó la ventanilla, y añadió—: Tendrás que comenzar sin mí, cupido.

El taxi arrancó y se llevó su falda que se había enganchado con la puerta. Miró a su alrededor desesperada, y trató que el tapado rojo le cubriera lo que tenía de la rodillas para arriba. ¡Joder! ¡Menudo gilipollas!

Se quedó boquiabierta cuando se bajó del taxi y halló al bastardo del padrino en la puerta de la pastelería con la novia. Se ajustó el tapado para que no se abriera y se viera sus pantis. Caminó furiosa hacia él.

—¿Acaso no debías ir a otro sitio? —cuestionó, apretando la mandíbula.

El capullo parecía estar disfrutando que estuviera enfadada. Esbozó una atrevida media sonrisa y respondió:

—¿Puedes creer que me cancelaron la cita apenas subí al taxi?

Claro que le creía, maldito mentiroso.

—Halle tu falda cuando baje del coche —agregó, ofreciéndole la prenda embarrada.

Ella se la recibió y la guardó en el bolso con torpeza.

—¿Por qué él tiene tu falda? —preguntó Alegra, desentendida.

—No preguntes —masculló—. Elijamos el pastel porque quiero acabar con todo esto de una buena vez.

—Lennon todavía no ha llegado —dijo Alegra.

Jerry se rascó la nuca y se llevó una mano a la cintura.

—Él vendrá más tarde —avisó su primo.

Ingresaron a la pastelería y las dueñas de la tienda los estaban esperando con una gran variedad para elegir. Degustaron bizcochos de vainilla, chocolate, con rellenos de avellana, crema de limón, fresas entre otros. Elegir el pastel para la boda no había sido nada fácil, pero finalmente Alegra se había decidido por el bizcocho de vainilla, relleno de crema de limón y la cubierta de chocolate blanco, decorado con rosas rojas.

En vez en cuando, había notado que Jerry la miraba cuando él creía que ella no lo estaba observando. No entendía porque él la odiaba. Estaba segura que nunca antes se habían cruzado en la vida. Si no se hubiera comportado como un idiota con ella, hasta podía decir que si se peinaba el cabello y se afeitaba su barba crecida de varios días, sería algo atractivo.

—No lo mires tanto —le susurró Alegra en el oído.

Arrugó el ceño.

—No lo miro a él —señaló el arreglo floral que estaba en el jarrón—. Pensaba que podías hacer algo similar para la fiesta.

Alegra soltó un bufido.

—Sí, claro —murmuró, fingiendo su interés—. Puedes irte si quieres, debo hacer un adelanto para el pastel.

—Vale... —aceptó porque debía regresar a la editorial.

Ella se mordió la lengua por recordarle que su futuro marido irresponsable no había asomado ni sus narices. Lennon era un holgazán que no servía para nada. Pero Alegra era bastante cabezota para aceptar que estaba cometiendo un error. Kate, su secretaria, le había hecho una lista de todos los bancos de esperma que había en Londres. Esperaba el momento indicado para entregársela y que eligiera un mejor padre para su hijo.

Soltó un bufido al cruzarse otra vez con el otro miembro de la familia

Smith.

—Pensé que ya te habías ido... —comentó al salir de la pastelería.

Él le echó una ojeada rápida.

—Parece que hay poco taxis en la calle o son muchos los que necesitan uno.

—Por suerte no tendremos que compartir uno.

Jerry sacó su teléfono y la miró por encima del aparato.

—Por suerte existe Uber.

—¿Tu primo se encuentra bien? —Indagó, maliciosa—. Tal vez le ha sucedido algo malo por lo que no pudo venir a elegir el pastel de su boda.

—Hmm...

—Lennon debió acompañar a Alegra y elegir juntos el pastel —le reclamó.

Jerry chasqueó la lengua.

—Guárdate los reproches para el novio —dijo—. Soy su primo, no su nana, ¿vale?

Eso era cierto, pero le molestaba la frialdad con la que él la estaba tratando, y quería encontrar un motivo para odiarlo. Y que Jerry fuese primo de Lennon, era uno más que suficiente. Se volteó cuando se oyó la frenada fuerte de un coche.

—Debe ser mi Uber.

¡Uber una mierda! Lennon era quien bajaba del coche conducido por una mujer que lo despidió con un beso en la boca. Él estaba todo desalineado y parecía recién salido de una fiesta alocada. Era muy típico de él. Apostaba que ni siquiera había dormido.

Jerry la sujetó de los hombros y la giró hacia él.

—Tu taxi te espera, cupido.

—¡No me iré hasta decirle a Alegra que su futuro esposo acaba de

besar a otra mujer! —chilló.

Jerry soltó un bufido, inclinó la cabeza y la besó cerca de la comisura de los labios.

—Gran cosa... también te he besado y no significa nada.

Ella lo apartó de un empujón.

—Ya sabes de lo que hablé, ¡tú también lo viste!

—Vi a mi primo despedirse de una vieja amiga —replicó, abriéndole la puerta del taxi y metiéndola a la fuerza en el coche—. Nos vemos mañana, cielo.

Sacó la cabeza por la ventanilla y gritó mientras el vehículo se alejaba de él:

—¡Gilipollas! ¡No quiero verte nunca más!

—Eso no podrá ser, cupido, ¡somos los padrinos!

—¡Adiós, Cece! —gritó el novio cuando se paró a un lado de su primo.

—¡Que te den por el culo Lennon!

6. EL CAMARADA DE LOS DEPORTES

*¿Conozco los nombres de las personas
que más irritan a mi pareja?*

*A. Sí
B. No*

BEBIÓ un sorbo de té mientras esperaba una respuesta de Rachel y Sofía, sus amigas que ya habían pasado por el altar, luego de haberles contado que había visto a Lennon besando a otra mujer. Ellas se tomaron su tiempo para decir algo al respecto.

—¿Estás segura que eso fue lo que viste? —le cuestionó Rachel.

—Muy segura...

—Pero dices que su primo vio otra cosa —replicó Sofía.

Puso los ojos en blanco.

—Jerry es su primo, ¿qué más iba a decir?

—No lo sé, Cece, la boda será en pocos días —comentó Rachel.

Dejó la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Y no crees que es mejor que lo sepa ahora antes que se case con ese bueno para nada?

—Alegra quiere un bebé —murmuró Sofía.

—Y yo ya tengo mi vestido para la boda —añadió Rachel.

Ella miró a sus amigas boquiabierta. Empezaba a creer que ellas querían que Alegra se casara para que se uniera finalmente a su Club de mujeres que llevaban una vida perfecta con esposos, hijos y un perro en el jardín.

—Pienso que Alegra puede buscar un esperma más dotado —dirigió la vista hacia Rachel y continuó—: Y tú puede usar ese vestido en otras fiestas.

Rachel negó con la cabeza.

—Si no lo uso ahora, en pocas semanas ya no me entrará.

Frunció el ceño.

—¿Y por qué no? ¿Acaso planeas comerte una vaca todos los días?

—¡Oh, por Dios! —Gimió Sofía, cubriéndose la boca con las manos

—. ¿Estás embarazada?

—¡Sí! —gritó a la par de Sofía, levantando los brazos por encima de la cabeza.

—¡Eso significa que pronto todas seremos madres!

Bebió otro sorbo de té y suspiró.

—Casi todas... —susurró por lo bajo.

—Bien guardado te lo tenías.

—Este era el momento de Alegra y no quería opacárselo.

De forma simultánea, las dos dirigieron toda su atención sobre ella y le lanzaron una mirada amonestadora. Por un segundo, se sintió como una chiquilla que acababan de reprender.

—Para que lo sepan, no intento opacar el momento de Alegra —se defendió—. Solo intento que ella abra los ojos y se dé cuenta de la clase de persona que es el hombre con el que planea casarse. ¿Acaso eso está mal?

Sofía ladeó la cabeza hacia un costado y utilizó el mismo tono que usaba para hablarle a su hijo pequeño después que hiciera una travesura.

—Vale, haremos esto, si descubrimos a Lennon en otra situación sospechosa, hablaremos con Alegra, mientras tanto, no diremos nada. ¿Estamos las tres de acuerdo?

Ella resopló y asintió con un gesto.

—¿Con qué seré tía otra vez, eh? ¡Estoy feliz por ti, Rachel! —exclamó, dándole un fuerte abrazo.

—Quiero que seas la madrina, Cece.

—¿Hablas en serio?

—No hubiera conocido a David de no ser por ti, *Cece amor*.

—¡Vaya! —Gimió—. ¡Claro que quiero!

—¿Oyen eso? —murmuró Sofía.

Hicieron silencio por un momento.

—No escucho nada...

—Yo tampoco —afirmó Rachel.

—¡Exacto! —Exclamó Sofía—. Hace tiempo que no se oye nada.

¡Tom! —Gritó—. ¡Ven a la sala ahora mismo! —Se levantó del sofá y les dijo antes de ir por su hijo pequeño—: Que él haya pasado tanto tiempo en silencio, no es nada bueno.

Ellas se rieron. Tom era un pequeño diablillo que valía como tener diez hijos. Sofía estaba haciendo un buen trabajo luego de haber enviudado hacía dos años. Tenía un hijo hermoso y ella se había hecho cargo de la empresa de su difunto marido y lo hacía de maravillas. Sofía era la mujer perfecta. Sacó el teléfono del bolso cuando sonó. Era un mensaje de Alegra, diciéndole que la estaba esperando en la puerta del edificio. Agradeció que Sofía viviera a tres cuerdas de su departamento. Le resultó raro que no usara la llave que una vez le supo dar por si surgía alguna emergencia.

—Debo irme, Alegra me está esperando —avisó.

Se dirigió al armario que estaba en el vestíbulo para sacar su tapado y descubrió donde estaba el pequeño Tom. Se acuclilló para quedar a su altura y lo miró a los ojos.

—¿Sabes que tu mamá te está buscando?

Él se rió travieso y asintió con la cabeza. Abrió grande los ojos cuando observó los dibujos indescifrables de color rojo y negro en su tapado claro de Prada.

—¿Los haz hecho tú? —le preguntó, señalando el arte con la barbilla.

—No... —respondió, sosteniendo los marcadores con sus diminutas

manos.

Ella soltó una carcajada y se inclinó para besarle en la frente. No podía enfadarse con él.

—La próxima vez intenta dibujar en un papel, ¿vale? —Se puso el abrigo y gritó antes de salir—: ¡Tienes a tu Picasso en el armario, Sofía!

—Cuando mencioné que no quería volver a verte, era literal —gruñó cuando halló en el umbral de su edificio a Jerry Smith—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Alegra? ¿Y cómo diablos supiste mi dirección?

Él se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Esas sí que son muchas preguntas, ¿por cuál empiezo? —intentó hacerse el gracioso.

Ella apartó la vista y maldijo por lo bajo.

—Apuesto a que esto ha sido idea de Alegra.

—Has acertado, cupido, somos sus padrinos y nos ha pedido que seleccionemos los obsequios para la boda —respondió—. Y si mueves tu lindo trasero, tal vez lleguemos a la tienda antes de que cierre.

Parpadeó.

—No iré a ningún sitio contigo.

Y muchos menos después de tratarla de loca y encubrir al sinvergüenza de su primo. ¡Ella estaba segura de lo que había visto! Él acortó la distancia que había entre los dos y dejó sus narices muy cerca de la suya.

—Entonces hubieras pensado varias veces antes de aceptar ser la dama de honor —expresó—. Ni de coña haré el trabajo de los dos —le echó una ojeada de abajo hacia arriba y continuó—: Lennon tenía razón, no eres más que una engreída.

Jerry giró los talones y empezó a alejarse. Miró al cielo y resopló.

Alegra pagaría caro por haberla embaucado de ese modo. Corrió tras él y soltó una blasfemia cuando los tacos de sus zapatos se doblaron.

—¿Lennon te dijo que era una engreída? —Lo encrespó, a la vez que intentaba recuperar el aire—. ¡Ja! ¡Él es el rey de los zopencos!

El padrino seguía caminando con grandes zancadas, haciendo de cuenta como si ella no estuviese. ¡Le importaba un demonio que no pudiese seguir su ritmo!

—¡Y tú no eres muy diferente a él! —Exclamó—. Espero que Alegra recapacite antes de tener un hijo con el descerebrado de tu primo. Por lo visto, a todos los de la familia Smith les falta un tornillo.

Él se detuvo de golpe y le lanzó una mirada asesina a través de los párpados. «¡Madre mía!», gimió, cubriéndose la boca con la mano. Había soltado la lengua demás y antes de ir a una boda, terminaría en un funeral. Se cruzó de brazos y se acomodó el flequillo hacia un costado.

—Lamento haber incluido a toda tu familia en la misma bolsa —se corrigió—. Pero sigo pensando lo mismo de ti y de Lennon.

Él apretó los labios y la señaló con el dedo índice, luego lo bajó y sonrió como si nada ocurriera.

—Por si no lo has notado, cariño, la única que está gritando en medio de la calle eres tú. ¿A quién es el que le falta un tornillo?

Respiró hondo y contó hasta tres.

—Iremos a la jodida tienda, marcaremos los estúpidos obsequios, pero será la última cosa que haremos juntos.

Jerry se encogió de hombros.

—Como tú digas, cupido.

—Y no me llames cupido... *imbécil*.

Él levantó una ceja.

—¿Siempre eres tan simpática?

—Solo contigo...

El padrino volvió a sonreírle, enseñándole su blanca dentadura.

—La tienda está a pocos metros, ¿crees poder seguir mis pasos, celestina?

Ella revoleó los ojos.

—Ya deja de ponerme apodos, solo dime Cece.

—Trata de caminar más rápido.

—*Quisiera verte caminar con estos tacos* —susurró.

Etiquetó una lámpara con adornos en cristal como uno de los obsequios. Buscó a Jerry en la tienda con la vista y lo halló teniendo una conversación con el oficial que vigilaba el lugar. Él frunció el ceño cuando la miró, se alejó del guardia y se dirigió hacia ella.

—Tenemos media hora para elegir los obsequios antes que la tienda cierre —le avisó.

Ella asintió con la cabeza y siguió marcando los regalos que serían útil para la casa: manteles, mantas, toallas, batas para salir del baño. Arrugó el entrecejo cuando observó con el rabillo del ojo la estatua que Jerry acababa de etiquetar, era un hombre que estaba como Dios lo trajo al mundo, sus testículos eran gigantes y sostenía una manzana en una de sus manos. Esa era la estatua más fea que había visto jamás.

—Solo un idiota compraría eso como regalo.

—Entonces soy ese idiota.

Puso los ojos en blanco.

—¿Podrías comportarte como alguien decente por un momento?

—Haré una excepción por ti, cariño.

Sonrió mordaz.

—Gracias.

—¿Acaso está de moda colorearse los abrigos con diseños de niños?
—le preguntó en un tono conciliador.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Ha sido el hijo pequeño de una amiga —le contó, a la vez que etiquetaba una tetera de plata—. Él quiso estampar su arte en un tapado de Prada —bromeó.

Jerry hizo una mueca con los labios.

—El niño no se anda con tonterías a la hora de colorear —comentó.

Se miraron el uno al otro y se rieron. Él tenía una linda sonrisa cuando se relajaba y dejaba caer el muro que había levantado entre los dos.

—¿Qué cosa haces cuando no eres padrino? —sintió curiosidad.

Él le echó una mirada rápida mientras etiquetaba las copas para el champan.

—Soy periodista.

Nunca se hubiera imaginado que podían tener algo en común.

—¿Debo llamarte colega?

Él chasqueó la lengua.

—Pero no soy el tipo de periodista que escribe basura.

¿Qué intentaba decir con eso?

—¿Cuál es tu especialidad?

—¿También etiqueto los platos? —le preguntó, enseñándole una vajilla en tonos verdes.

—Ya me encargué de la vajilla —le dijo—. ¿Trabajas para alguna editorial?

—Soy periodista independiente.

—Ohh...

—¿Qué significa ese “*Ohh*”?

—Que debes tener mucho tiempo libre.

Él entornó los párpados. Había logrado que se enojara otra vez y antes que empezara con sus pullas, añadió:

—Y dime colega, ¿existe alguna mujer que aguante tu amargura?

—¿Acaso estás interesada, dulzura?

Él había vuelto a ser el idiota de siempre.

—¡Oye! No sé cuál es tu rollo conmigo, pero solo intento ser amable.

Hubo un momento de silencio.

—Estuve saliendo con alguien hasta hace poco tiempo.

—¿Fue una relación pasajera?

—Cuatro años...

—¡Vaya! ¿Ella fue la que rompió, verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el tono de tu voz todavía dice que la quiere de regreso.

—Deberíamos irnos, la tienda está por cerrar.

Y él había vuelto a levantar la muralla que había puesto entre los dos.

Las alarmas que estaban en la puerta de entrada de la tienda, empezaron a sonar cuando ella las atravesó.

—Espere un momento, señorita —la pidió el guardia del lugar.

Ella se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Tiene que enseñarme su bolso.

Ella se rió.

—¿Está hablando en serio?

—Acaba de sonar la alarma y me veo en la obligación de revisar su bolso.

—¡No voy a enseñarle mi bolso! ¡Está cometiendo un grave error!

—Si es un error, entonces no tiene por qué temer de que vea su bolso.

—Tengo cosas personales...

—Abre el bolso de una buena vez, Cece, para acabar con todo esto —
le pidió Jerry.

Era la primera vez que él la llamaba por su nombre.

—¡Bien, lo haré! —Gimió, abriendo el bolso y enseñándole al guardia su interior—. Ahora espero sus disculpas.

—Lo siento señorita, pero tendrá que esperar hasta que llegue la policía.

—¿Cómo dice?

El guardia le mostró la estatuilla horrorosa que Jerry había etiquetado para los obsequios de la boda.

—¡Pero yo no he metido eso en mi bolso!

—Todos dicen lo mismo.

—Si fuese a robarme algo, le aseguro que no me llevaría esa porquería —murmuró, a través de los dientes.

—En ese caso, tendrá que explicarle todo a los oficiales.

La presión empezó a subirle y creyó que se desmayaría.

—¿Acaso no podríamos solucionar el asunto de otro modo sin necesidad de involucrar a la policía? —preguntó en voz baja.

—¿Está intentando sobornarme, señorita? —El guardia sacó sus esposas y se las puso—. Tendrá que quedarse aquí hasta que lleguen los oficiales.

—¡¿Qué?! ¡Esto es un error! —Gritó, mirando sus esposas. Se volteó hacia Jerry que no había hecho ningún comentario para defenderla, y añadió —: Dile que yo no me he robado nada. Tal vez... tal vez a ti se te cayó la estatuilla en mi bolso por error. Eras tú quien la tenía en las manos, ¿lo

recuerdas?

—Lo siento, Cece, pero no recuerdo haberla metido en tu bolso.

El gilipollas no tenía la menor intención de ayudarla. El guardia la sujetó del brazo y la metió en la oficina donde guardaban los objetos perdidos y retenían a los delincuentes, y la obligó a sentarse en la butaca mientras esperaban a la policía que acababa de llamar. ¡Joder! Era como estar dentro de una pesadilla. El guardia la miraba como si ella se hubiera robado un millón de libras.

Alzó la vista hacia Jerry cuando él se paró delante de ella.

—Me gustaría quedarme y darte mi apoyo, pero tengo trabajo que entregar —le dijo—. Y la verdad es que no puedo hacer nada para que te quiten esas esposas. Pero no te preocupes Cece, me encargaré de avisarle a Alegra para que te busque un buen abogado.

«Capullo».

—Eres muy considerado...

7. BUSCANDO LA IGLESIA

*¿Mi pareja aprecia las cosas que yo
hago en la relación?*

A. Sí

B. No

DEJÓ caer el cuerpo en la butaca de su oficina y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos. Sus últimas horas habían sido un infierno. Había pasado la noche en una celda con verdaderos delincuentes. Respiró hondo y encendió el ordenador. Abrió la agenda que estaba sobre el escritorio y buscó el tema de su próximo artículo. Alzó la vista cuando la puerta se abrió. Alegra asomó la cabeza y sonrió.

—Kate me dijo que estabas aquí, creí que te tomarías el día libre — ingresó a la oficina y cerró la puerta a sus espaldas—. Deberías estar descansando.

Alegra había pagado su fianza para sacarla de prisión.

—Solo intento borrar de mi mente todo lo que me ha ocurrido en las últimas horas —apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella—. Nadie debe enterarse que pasé una noche en una estación policial, ¿vale?

—No se lo he dicho a nadie.

—Debes llevarte este secreto a la tumba.

—Lo prometo.

Susan, su jefa, abrió de golpe la puerta de su despacho.

—¡Quiero que me expliques porque coño te han arrestado!

Ella se quedó muda del espanto y fulminó a Alegra con la mirada.

—Te juro que yo no he dicho nada.

Kate, su secretaria, entró pálida a su oficina.

—Lo siento, Cece —dijo—. Pero justo estaba chequeando el blog del

camarada del deporte y no me di cuenta que tenía a Susan a mis espaldas.

Frunció el ceño.

—No entiendo de que hablas, Kate.

Su jefa puso los brazos en jarra y levantó el mentón.

—En su blog se puede leer detalladamente tu faceta de delincuente.

Se reclinó en la butaca y sacudió la cabeza.

—Eso no puede ser...

—Chequéalo tú misma.

Buscó el blog del desgraciado y abrió los ojos como plato. ¡Hijo de la real fruta! El capullo había publicado una foto de ella en la tienda de regalos con las esposas puestas y en su peor pose de histeria dramática. ¿Cómo diablos él la había podido conseguir? Pero lo peor era lo que el gilipollas había escrito de ella:

«¿Acaso esta será la verdadera cara de Cece amor? Una estafadora, un lobo con piel de cordero. ¿Qué explicación creen que ella nos dará de todo esto? Nada es lo que parece, es mi imagen pero no soy yo. ¿Será un error? UN ERROR COMO TODOS SUS SEUDOS CONSEJOS. Y como ya lo dijimos, de a poco, iremos mostrando a la mujer que realmente es».

Soltó un gemido mientras seguía leyendo: *«... el camarada del deporte 1 y Cece amor 0. El marcador empezó a anotar a nuestro favor. Pero el juego aún no ha acabado».*

Y también había una foto de la estatuilla con las bolas gigantes que ella supuestamente se había robado. *«¿Qué iba hacer Cece amor con la estatuilla? Que el lector use el discernimiento».* ¿Qué el lector use el discernimiento? ¡Maldito cobarde! Si ella lo tuviese en frente, le patearía las pelotas de tal modo que le quedarían tan hinchadas como las de la estatuilla.

—¡Juro que nada de lo que él dice es cierto!

—A eso no me lo tienes que explicar a mí, sino a tus lectoras —le dijo

Susan—. Tendrás que dar tu versión de los hechos en el próximo artículo.

—Que la tierra me trague sino descubro pronto quien es el gilipollas del camarada del deporte.

—Mientras tanto, tenemos que limpiar tu imagen —expresó—. Debes tener más cuidado de ahora en adelante, porque no sabes en que sitio puede haber una cámara —su jefa se dirigió hacia su secretaria y continuó—: Subscríbete al blog del capullo y deja comentario positivos de Cece.

Kate asintió con la cabeza.

—También haré lo mismo y buscaré si existen más blog similares contra Cece —añadió Alegra antes de salir del despacho.

Susan se cruzó de brazos y entornó los párpados.

—No permitas que ese mal nacido te gane.

Ella se cubrió el rostro con las manos y resopló.

—Estoy cansada, tengo hambre, y todavía sigo sintiendo olor a encierro en mi cabello.

—Coge tu abrigo que te llevaré a almorzar.

—Gracias...

—Veo que se me han adelantado, también planeaba invitarte a comer —murmuró el hombre que menos quería ver ese día.

Se levantó furiosa de la butaca y apoyó las palmas de las manos sobre el escritorio.

—¿Quién diablos te ha dejado entrar?

El capullo apoyó un hombro contra el marco de la puerta y le sonrió.

—Me alegra ver que te encuentras bien y que la prisión no te ha cambiado.

—¡Guárdate tu sarcasmo!

—¿Puedo saber quién es el caballero? —preguntó Susan.

—Él es Jerry Smith, el gilipollas que hizo que ayer me arrestaran.

Él enarcó una ceja como respuesta.

—No sé si fue a propósito o lo hiciste sin querer, —siguió ella— pero fuiste tú el que me metió la estatuilla en mi bolso.

Jerry miró a su jefa y le sujetó una mano entre las suyas y se la besó.

—Cupido no habla en serio.

—¡Claro que hablo en serio! ¿Qué haces aquí?

—Ya te lo dije, vine a invitarte a comer.

—Lo siento, pero ya tengo planes.

—Por mí no te preocupes Cece, podemos ir otro día.

—¿Quién es esta encantadora mujer? —preguntó el gilipollas en un tono seductor.

—Es mi jefa y tú tienes que irte o llamaré a los de seguridad para que te echen.

—No seas grosera, Cece —musitó Susan, dejando que sus hormonas hablaran por ella.

—Puedes venir a comer con nosotros —la invitó el desgraciado.

—He dicho que no iré a ningún sitio contigo.

—No quiero molestarlos... —repuso Susan, omitiendo la parte que ella no iría a ningún lado con él.

—No molestarás, también vendrá el pastor de la boda.

—¿Qué boda? —inquirió su jefa.

—La boda de Alegra, Jerry es el padrino —le aclaró—. No sabía que teníamos una cita con el pastor.

—Ahora lo sabes —dijo—. Y si queremos que los novios tengan la iglesia para la fecha de la boda, no tenemos que hacer esperar al párroco.

—Que te vean comiendo con un pastor, puede ser bueno para tu imagen, Cece —intervino Susan, mostrando su lado empresarial.

—¿Bueno para tu imagen? —repitió despacio él.

—Ni creas que te hablaré de mi vida privada —sujetó su abrigo y su bolso, y agregó—: Y que quede claro, que hago todo esto solo por Alegra.

El párroco los estaba esperando en el restaurante Intercontinental, ubicado en el corazón de Londres. Su jefa quiso que ella se sacara una foto con el pastor y luego la subió en las redes sociales. Quería que la imagen de la revista no se viera tan dañada después del artículo que había publicado el camarada del deporte en su blog. El camarero les trajo la entrada: unos panecillos recién horneados con mantequillas de diferentes sabores de especias, y les sirvió un poco de vino rosado en las copas.

—¿Entonces nos hará un espacio en su iglesia para esa fecha? —insistió ella.

El pastor chequeó su agenda.

—Déjame ver... la boda es en tres semana —murmuró, a la vez que se acomodaba sus gafas—. Por lo general estas cosas se hacen con más anticipación —dijo—. Y tú Jerry deberías saberlo bien.

Miró al padrino de golpe. ¿Por qué él debía saberlo bien? De repente, sintió curiosidad.

—Esperen un momento... —farfulló el párroco—. ¡Pero si no he cancelado tu boda, Jerry!

Ella se atragantó con el vino.

—¿Boda? ¿Acaso tú ibas a casarte?

Él se puso nervioso y empezó a jugar con su reloj.

—Mi vida amorosa no es de tu incumbencia, cupido.

—Enhorabuena por esa mujer que huyó justo a tiempo.

Él la atravesó con una mirada feroz.

—¡Cece! —Gimió su jefa, lanzándole una patada por debajo de la

mesa—. Las apariencias, cariño. Las apariencias —repuso por lo bajo.

—Vale, lo siento —se corrigió—. No quise decir eso.

—Claro que quisiste decir eso —replicó él.

—Que bien me conoces, colega.

—¿Podrían comportarse como personas adultas? —intervino el pastor.

Jerry apretó los labios y luego relajó los músculos de su rostro e hizo de cuenta como si nada lo hubiese molestado cuando el chef del restaurante se aproximó a su mesa junto al camarero que traía sus platos.

—Quiero presentarme, soy Erik Thomson —dijo el chef—. Y es un placer tenerlos en mi restaurante —él dirigió su vista hacia ella y añadió—: No todos los días tenemos el gusto de recibir visitas de celebridades. Mi ex esposa era su admiradora... *Cece Amor*.

—Lamento que su relación con su esposa no haya funcionado.

—¿Enserio? —replicó despacio.

—La langosta se ve deliciosa —lo interrumpió Jerry.

—Y sabe mucho mejor —agregó su jefa—. Es guapo y cocina como lo dioses, ¿yo puedo casarme con usted?

Las mejillas de Erik se sonrojaron. Y sus sentidos de emparejamiento se encendieron. Su don percibió la energía que había entre ambos.

Su jefa: pupilas dilatadas, bajada de párpados, risita de coqueteó. Energía alfa.

El chef: una gota de sudor en la frente, mano derecha temblorosa, su timbre de voz había subido a un tono más alto. Energía beta.

Su ojo crítico los analizó y tenían un noventa y cinco por ciento de probabilidad de haber nacido para estar juntos.

—Podrías contratar al chef para la fiesta de aniversario que hará la revista en unos meses —propuso para que no perdieran la oportunidad de conocerse.

Susan bebió un sorbo de vino y se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Es una excelente idea, ¿cocinas para eventos, Erik?

—En realidad no, pero por ti haré una excepción.

—Y te aseguró que te lo sabré recompensar —replicó, guiñándole un ojo.

El párroco se aclaró la garganta.

—Que disfruten de la comida —murmuró el chef antes de regresar a su cocina.

Ella se acomodó en el asiento cuando sintió que los jugos gástricos de su estómago empezaron a trabajar. Tuvo un retorcijón. Parecía que había estallado una dinamita en su interior.

—¿Te encuentras bien Cece? —le preguntó Jerry.

—¿Por qué no lo estaría? —respondió, llevándose un bocado de langostino a la boca.

Apretó los labios cuando tuvo otro retorcijón y esa vez, había sido más fuerte. Se recriminó por haber comido los panecillos calientes. Hizo una fuerza sobrehumana para que no saliera aire reprimido por ningún agujero de su cuerpo. De repente, empezó a sentir mucho calor y se secó la transpiración de la frente con la servilleta. Respiró aliviada cuando sus intestinos dejaron de moverse.

—¿Entonces podrá casar a Lennon y a Alegra para esa fecha? —dijo ella, para poner su atención en otro sitio.

—¡Oh, sí! Ellos ocuparán el lugar de Jerry.

—La desgracia de uno, puede ser la ventaja para otros —comentó el padrino.

Abrió grande los ojos cuando tuvo otra puntada más intensa. Creyó que no tendría el tiempo suficiente para llegar al tocador si se levantaba de la

mesa. Cruzó las piernas para contener la guerra gástrica de su estómago hasta que el dolor pasara. Sus rodillas se aflojaron y no tuvo más fuerzas para evitar que en su interior se produjera un estallido. Todos en la mesa se quedaron en silencio luego de que se oyera una especie de trompeta salida de su trasero. ¡Joder! Ella acababa de tirarse un pedo en medio de un restaurante y adelante de un párroco.

Su rostro se tiñó de un rojo intenso y soltó una risita nerviosa.

—Soy de las personas que cree que no se debe guardar nada — murmuró como una idiota.

Jerry levantó ambas cejas.

—A eso nos lo has dejado en claro, cupido.

Ella se levantó de la silla de golpe.

—Si me disculpan, iré al tocador.

—Oh, claro, querida —carraspeó el pastor—. Ese es un buen sitio para que te saques de encima... ya sabes... expulsar lo que no quieres guardar.

Giró los talones y trató de desaparecer lo más rápido posible.

—¿Sabe? Expulsar todo para afuera es una filosofía tibetana —oyó como su jefa la excusaba—. Cece lo aprendió en uno de sus viajes.

¿Hasta cuándo la nube negra iba a seguir sobre su cabeza? ¡Madre mía! Estaba por ocurrir otra vez. Ella se encerró apresurada en el cubículo del tocador y practicó la filosofía tibetana.

8. EL ÚLTIMO VIERNES

A mi pareja generalmente le gusta mi personalidad.

A. Sí

B. No

SINTIÓ un vacío en el pecho al darse cuenta que estaba perdiendo a su última compañera del club de las solteras. Respiró hondo. Subió la cremallera del vestido de novia de Alegria y sonrió. Ella usaría el mismo vestido que había utilizado su abuela y su madre para su casamiento. Le había hecho algunas reformas para ajustarlo a su cuerpo y añadido varias perlas para ocultar algunas manchas que había dejado el tiempo en la tela.

—Espero que el vestido me traiga la misma suerte que le trajo a mi abuela y a mi madre —comentó la novia, suspirando.

—Te ves increíble —le dijo, mirando su reflejo a través del espejo.

Alegria se volteó hacia ella y su rostro se le iluminó con su sonrisa.

—¿Eso crees? —Cogió el encaje de la falda y lo olió—. Todavía huele a naftalina.

Ella negó con la cabeza.

—El vestido es perfecto.

Alegria achicó los ojos y le lanzó una mirada astuta.

—Ya sé que es lo que estás pensando.

Ella puso el velo sobre la cama y se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

—Piensas que porque me voy a casar ya no nos veremos como antes.

—Y así será —afirmó—. Lo mismo ocurrió con Sofía y Rachel. Empezarás a salir con otros matrimonios y te olvidarás de tu amiga soltera.

—¡Eso no ocurrirá, Cece! ¡Eres mi mejor amiga! Y después de la boda voy a necesitarte mucho más.

Dejó caer el cuerpo sobre una silla y tomó una revista de moda para inspirarse en el tipo de peinado que utilizaría en la boda.

—¿Por qué Lennon? ¿Por qué lo elegiste a él para casarte? —quiso saber.

—Creí habértelo dicho —repuso, colocándose unos pendientes en la oreja—. Quiero ser madre.

—Sé que existe algo más detrás de todo esto Alegra, porque si solo querías un hijo, pudiste ir a un banco de esperma —masculló—. Era más simple que tener que pasar por el trajín de una boda.

—Quiero que mi hijo conozca a su padre —insistió.

—¿Un padre como Lennon?

—¿Por qué lo odias tanto?

—Tal vez sea porque mi mejor amiga se casará con un holgazán, mujeriego y que no conoce la palabra *responsabilidad*. Y ese hombre será el padre de mi ahijado, ¿qué clase de ejemplo crees que él le dará?

—Él no siempre fue así —lo defendió.

—¿Y tú como lo sabes? ¿Crees conocerlo lo suficiente en menos de tres meses?

Alegra se sentó en el borde del colchón y se quitó los guantes blancos.

—Te mentí cuando te dije que recién conocía a Lennon —le confesó—. Nuestros padres eran amigos y yo me juntaba con su hermana.

Frunció el ceño.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

—Porque él no me reconoció y no quise quedar como una idiota.

—¿Acaso no sigues siendo amiga de su hermana?

—Ella falleció hace varios años.

—Oh... lo siento.

—La vida nos volvió a juntar y resulta que yo lo necesito, y él también

me necesita.

—No quiero ser una pesada, ¿pero para qué demonios él te necesita?

Alegra se hundió en el colchó y exhaló una bocanada de aire.

—Lennon me pidió que no dijera nada, pero te lo diré si me prometes que guardarás silencio.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que seré una tumba —farfulló.

—Lennon necesita casarse y traer un heredero para cobrar una herencia.

—Vale, ahora dime la verdad.

—Te la acabo de decir.

Echó el rostro hacia atrás y arrugó el entrecejo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Cincuenta millones de libras.

—¿Cincuenta millones? —Repitió, sorprendida—. ¡Hasta yo me ofrezco a darle un heredero! —se mofó.

Alegra soltó una risita.

—Espera un momento... tú no eres de esa clase de mujer interesada, si lo haces es porque —abrió grande los ojos—. ¡Oh, por Dios! —Gimió—. ¿Lo amas?

Alegra sacudió una mano en el aire para restar importancia a lo que acaba de decir.

—No... claro que no.

Ella le estaba mintiendo descaradamente en la cara.

—¡Oh, por Dios! ¡Sí lo amas! ¡Lo puedo oler!

—¡Ya deja de usar tu don conmigo, Cece! —gruñó.

—¿Él lo sabe?

—Hicimos un trato de conveniencia, él tendrá su herencia y yo tendré

a mi hijo.

—El hijo será de los dos —le aclaró.

El teléfono de Alegra empezó a sonar y ella se apresuró a atenderlo para escapar de su interrogatorio.

—¡Jerry! —Dijo al atender el llamado—. ¿Sí Cece está conmigo?

Ella le hizo una seña con las manos para que le dijera que no.

—Hasta hace un momento lo estaba, pero acaba de irse —respondió ante su insistencia para que negara que ella estaba allí—. ¿No tienes su número?

Ella parpadeó. Alegra le había pasado su número a pesar de sus gestos para que no se lo diera. De repente, su aparato empezó a llamar.

—Voy a matarte por esto, Alegra —farfulló—. ¿Hola? —atendió como si no supiese quien estaba del otro lado.

—Hola Cece, soy Jerry —murmuró—. Alegra me ha dado tu número.

—¿Ah, sí? Por lo visto a ella le encanta dar mi número a cualquiera —repuso, mirando a su amiga fijamente a los ojos.

—No te enojas con ella.

—¿Puedo saber para que me llamas?

—Mañana pasaré por ti para ir con el diseñador que nos hará nuestros trajes para la boda.

De sus labios se le escapó un gemido de incredulidad.

—¿De verdad crees que puedes dirigir mi agenda a tu antojo?

—Los trajes ya están pagos —le contó—. Ya sabes... forman parte de mi boda fallida.

Ella cambió el aparato de oreja.

—¿Dices que ya están pagos? ¿A qué hora pasarás por mí mañana?

9. EL VESTIDO DE LA DAMA DE HONOR

Normalmente toco o beso a mi pareja cariñosamente.

A. Sí

B. No

SOLTÓ un chillido cuando el diseñador la pinchó con el alfiler, mientras le tomaba las medidas del vestido que usaría como dama de honor. Desde el primer momento que había ingresado a la tienda, había notado la mala disposición que tenía el diseñador contra ella. Era la quinta vez que él la había pinchado con el alfiler. ¿Qué diablos les ocurría a las personas últimamente?

Sopló un mechón de pelo que le había caído sobre la nariz. Se bajó de la banqueta cuando el diseñador acabó de tomarle las medidas. Se miró en el espejo y sonrió. El vestido era bonito, tenía un escote en la espalda y el color violeta no le quedaba tan mal como imaginó. Tendría que usar unos buenos tacos o arrastraría la tela por el suelo. Observó al diseñador por encima del hombro.

—¿Podrá tener listo el vestido para la fecha de la boda? —le preguntó. Él ladeó la cabeza hacia un costado y se cruzó de brazos.

—¿Acaso dudas que no puedo hacer bien mi trabajo? —gruñó.

¡Joder! Él tomaba a mal cada cosa que decía. Parecía como si acabara de darle un mordisco a un limón por su cara de culo.

—¡Oh, no, no es eso! —Exclamó—. Es que estamos apretados con el tiempo y tengo miedo...

—Tendrá el vestido para la fecha —la interrumpió en seco—. Se lo aseguro.

—Vale, gracias.

Jerry se aclaró la garganta cuando salió del probador y giró para ellos.

—¿Qué tal luzco? —preguntó, acomodándose los puños de la camisa.

El padrino vestía un smoking oscuro con un pañuelo violeta en el bolsillo de la chaqueta, haciendo juego con su vestido, y una camisa blanca que tenía los dos primeros botones desprendidos. Él se veía diferente al haberse despojado de su ropa barata, pero que la tierra la tragara, prefería verlo con su look anterior. El Jerry contra el sistema y el mundo. Revoleó los ojos. ¿Qué estaba pensando? Pasar tanto tiempo cerca de él la estaba acostumbrando a su carácter gruñón e insoportable.

—El traje es perfecto —respondió—. Lástima quien lo lleva.

Jerry hizo una mueca con la boca.

—También te ves hermosa... si te cubren el rostro.

—¡Gilipollas!

—¡Engreída!

—Hay más clientes en la tienda —musitó el diseñador, a través de los dientes.

—Lo siento —dijeron los dos a la vez.

Él frunció el ceño.

Ella entornó los párpados.

—Iré a quitarme el vestido.

—Haré lo mismo —murmuró Jerry, entrando al probador continuo al de ella.

Bajó la cremallera del vestido y se lo quitó con cuidado para no pincharse con los alfileres.

—Cuento los días para que llegue la boda y no tener que verte nunca más —dijo en voz alta para que él escuchara.

—No sabes con cuanto placer te cumpliré ese deseo, cupido.

Ella soltó un bufido como respuesta.

Hubo silencio por un momento hasta que él se aclaró la garganta y

dijo:

—¿Quieres... quieres acompañarme a tomar un café cuando salgamos de aquí?

—¿Y unos cupcake? —añadió ella.

—Si tú lo quieres, pero después no te quejes si el vestido no te entra para la boda.

—También incluiré una porción extra de pastel de chocolate.

—Te espero en el coche —le avisó cuando lo oyó salir del cambiador.

—Vale...

Ella se acomodó el cabello y se retocó el labial. Arrugó el entrecejo mientras se miraba en el espejo. ¿Qué estaba haciendo?

Jerry la llevó a una cafetería pequeña con estilo vintage; que según él, servían el mejor café y cupcake de todo Londres. Bebió un sorbo del líquido oscuro y lo miró por encima de la taza. Él tenía la vista apartada hacia la ventana, al tiempo que jugaba con la cuchara. Buscó una explicación del porque la había inventado a pasar la tarde juntos si apenas había dicho dos palabras desde que habían ingresado a la cafetería, pero creyó que ni siquiera él lo debía saber. El silencio que había entre los dos la estaba empezando a incomodar.

—¿Vives con Lennon, verdad?

—Sí.

—¿Él debe estar nervioso con la boda, verdad?

Jerry se encogió de hombro.

—Algo.

Le dio un bocado al cupcake y se limpió el glaseado que le había quedado en las comisuras de los labios con la servilleta.

—No debes mentirme más, Jerry, ya sé toda la verdad.

Él le lanzó una mirada astuta por debajo de las pestañas.

—¿De qué verdad hablas?

Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Qué tan tonta crees que soy?

El rostro de él palideció.

—Puedo explicarte, Cece...

—¿Qué vas a explicarme? ¿Qué desde el principio supiste que la boda no era más que una unión por interés?

Jerry se aclaró la garganta.

—Oh, hablas de la boda de Alegria y Lennon.

—¿Y de que otra verdad iba a hablar? —Revoleó los ojos—. ¿Acaso existe algo más que intentas ocultarme?

Él se balanceó hacia ella, dejando su nariz muy cerca de la suya. Su rostro estaba tan cerca que podía ver las vetas verdosas que se fundían con el marrón de sus ojos.

—¿Las bodas por interés no son del agrado de la señorita Cupido?

—No, no lo son —repuso—. Pero Alegria está decidida —por no decir que estaba enamorada del novio—. Y no puedo hacer nada al respecto.

—¿Quieres oír mi consejo?

—No, no lo quiero.

—Te lo daré igual, ¡no te metas en la vida amorosa de las personas!

—Mis consejos tienen muy poco margen de error.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los resultados.

Él esbozó una media sonrisa sarcástica y luego, tomó un trago de café.

Ella se reclinó en la silla y quiso leer sus pensamientos. Él parecía poner un manto de misterio a su alrededor que le impedía llegar a conocerlo.

«¿Quién eres Jerry Smith?», se preguntó.

—¿Por qué quisiste traerme aquí?

En otras palabras quería decirle: ¿Por qué me trajiste a tu sitio preferido y sigues dejando el muro entre los dos?

—¿Por qué aceptaste mi invitación?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Vale, tratemos de llevarnos bien por lo que reste del día.

Jerry cogió una servilleta y la agitó en el aire.

—Tómalo como un signo de paz —comentó.

Ella se rió.

—Podríamos empezar a conocernos un poco más, ¿no lo crees?

—¿Cuándo hablas de conocernos un poco más, te refieres a...?

—A preguntas personales —lo interrumpió—. Por ejemplo, ¿de dónde eres?

—Escocia, ¿y tú?

—Fui engendrada en una isla del caribe, pero nací aquí en Londres —le contó—. Mi padre era arqueólogo y trabajaba como profesor en la universidad de Oxford. Cuando era niña me encantaba dormirme oyendo sus anécdotas. Seguramente te preguntarás de donde he sacado mi don, esa es una historia larga...

—...Que me la contaras otro día —terminó él.

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de periodista eres?

—Deportivo.

Abrió grande los ojos. Tal vez él podía ayudarla.

—¿Conoces al camarada del deporte?

Él tuvo un pronunciado ataque de tos y bebió un sorbo de jugo de naranja para calmarse.

—¿A quién? —repitió la pregunta.

—Al camarada del deporte —dijo—. El gilipollas tiene un blog en donde me ha dedicado varios artículos para destruirme.

—No he oído hablar sobre él.

—¿Enserio? —Murmuró decepcionada—. Es difícil ir contra alguien que ni siquiera conoces su rostro.

Jerry enarcó una ceja.

—¿Tú quieres ir contra él?

—¿Cómo sabes que es él?

—Lo supuse...

—Vale, no importa —expresó—. ¿Pero podrías hacer algunas averiguaciones por mí?

Él asintió con la cabeza.

—Gracias, hasta pareces majo cuando no eres tan capullo.

—Haré de cuenta que no he escuchado eso.

10. UNA VISITA INESPERADA

¿Hay pasión en nuestra relación?

A. Sí

B. No

TECLEÓ la última palabra de su próximo artículo «¿realmente le gusto?». Dejó caer las pantuflas al suelo y subió las piernas a la silla. El sueño se le había ido y no dejaba de pensar en Jerry. Sabía tan pocas cosas de él y lo poco que sabía, le intrigaba. Metió la cuchara en el frasco de cacahuete y luego se la llevó a la boca. ¿Cuál habría sido la razón por la que él no se había casado? Y fue ahí cuando se dio cuenta que Jerry iba a casarse en la misma fecha que lo haría Alegra y Lennon. Seguramente debía estar destruido por dentro, pero nunca lo admitiría.

Tal vez ese era el motivo por el que Jerry la trataba como si ella fuese el mismo demonio. Sacudió la cabeza, al tiempo que saboreaba otra cucharada de cacahuete. Esa era la reacción típica de los hombres cuando una mujer le rompía el corazón. Ellos creen que todo el género femenino son iguales a su ex. Se sobresaltó cuando el portero sonó.

—¿Sí? —dijo al atender.

—¿Cece?

—¿Jerry?

—¿Estás ocupada?

¿Qué hacía él a esa hora en la puerta de su edificio?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—¿Puedo subir? Me estoy congelando aquí afuera.

—Claro... —repuso, abriéndole la puerta para que él subiera.

Miró a su alrededor y maldijo por lo bajo. Había estado tan ocupada

en los últimos días, que no había tenido tiempo ni para acomodar su casa. Quitó la ropa que estaba encima del sofá y la escondió debajo del almohadón. Corrió a su alcoba y se puso un poco de perfume, a la vez que sus pantuflas volaban por el aire. Sacó del armario un abrigo de imitación de piel que le llegaba hasta los tobillos y se lo puso encima del pijama. Agachó la cabeza, se sacudió el cabello y luego la volvió a enderezar. Jerry tocó el timbre y su ritmo cardíaco empezó a acelerarse. Respiró hondo y se dirigió hacia la puerta, y se volvió enseguida para ponerse los zapatos.

—Un momento... —gritó.

Abrió la puerta con una sonrisa en los labios, luego de ponerse unos tacones que le apretaban la ampolla que tenía en el dedo gordo.

—Jerry —masculló, haciéndole una seña con la mano para que ingresara.

—Lamento venir tan tarde, pero si estás ocupada puedo regresar otro día.

—¡Oh, no! —Gimió—. Estaba chequeando a que sitio podía ir un sábado por la noche.

Frunció el ceño. ¿Por qué había dicho eso? Cerró la puerta cuando Jerry ingresó a la sala.

—Pensé que tu plan sería irte a dormir —se mofó.

«Ese había sido su plan hacía cinco minutos».

—Pensante mal —dijo, ajustándose el cinturón del tapado—. ¿Qué venías a decirme que no pudiste esperar hasta mañana?

Él carraspeó.

—¿Recuerdas que hoy en el café me preguntaste si te ocultaba algo más? —Él continuó cuando ella asintió—. Hay algo que debo decirte, Cece —resopló—. No será nada sencillo...

—No me debes ninguna explicación, Jerry.

—Pero debo hacerlo.

Él de verdad parecía estar muy afectado.

—Vale, ¿no quieres sentarte primero?

Los dos se sentaron en el sofá de tres cuerpos que estaba en medio de la sala.

—Empezaré desde el principio.

—Me parece una buena idea.

—Quien iba a casarse en lugar de Lennon iba a ser yo, pero claro, no con Alegra.

—Lo sé.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Lo sabes?

—Lo dijo el párroco.

—Oh, lo había olvidado —comentó—. Había imaginado que pasaría el resto de mi vida mi vida al lado de Jennifer, mi ex prometida.

Eso corroboraba que había sido ella la que había terminado con él. ¿Pero por qué quería hablarle de su relación pasada? Tan solo que... sacudió la cabeza. Sería una locura pensar que él quería aclararle que ya no sentía nada por su ex pareja porque se había enamorado de ella.

—Ni siquiera supe en que momento las cosas se pusieron mal con Jennifer —hizo una pausa—. ¿Sabes? Durante todo este tiempo creí que ella iba a regresar conmigo porque se había dado cuenta que había cometido un terrible error al cancelar la boda —le contó con la voz ronca—. ¿Qué grande es mi ego, verdad?

Ella apoyó la mano sobre la de él y se la apretó.

—No sigas, Jerry.

—Pero la historia aún no acaba.

—La herida es reciente, deja que cicatrice.

—Cece... debo decirte algo importante... yo...

¡Oh, por Dios! Él iba a decirle que la amaba. Bueno, tal vez a ella también le gustaba un poco. Puso el dedo índice sobre su labio y lo silenció.

—Puedes decirlo en otro momento... cuando te sientas más preparado —dijo, mirándolo directamente a los ojos.

Jerry ahuecó una mano en su mejilla, derribando la barrera que había puesto entre los dos.

—Lo siento, Cece, lamento haberte hecho daño —murmuró con ternura.

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—Entiendo por lo que estás pasando —lo consoló—. Que te hayan dejado a pocos días de la boda no debió ser nada fácil para ti. ¿Creíste que desquitándotela conmigo te iba a hacer sentir mejor, verdad?

Él simplemente inclinó la cabeza y la besó. Abrió grande los ojos y puso las manos en sus hombros para apartarlo, pero el roce de su boca no le pareció tan invasiva. Le pareció tierna a pesar que la mayor parte del tiempo la utilizaba para ser brusco con ella. Él le acarició el labio inferior y le rozó la punta de la lengua con la suya. La sensación la hizo sentirse ligeramente mareada y confundida. Él la había hecho creer que la odiaba, pero sus besos eran tan suaves y salvajes. Le ofreció su boca dado que no podía hacer otra cosa.

—Jerry...

—Eres preciosa, Cece —murmuró, deslizando sus manos por debajo del tapado—. Por más que intento sacarte de mi cabeza, hay algo que me impide hacerlo.

¿A él también le pasaba lo mismo? El universo le estaba jugando una mala pasada al sentirse atraída por un Smith. A ella se le escapó un gemido y se dejó llevar por sus caricias. Se permitió bajar la guardia y pensar que la

isla no la había maldecido, y que a él no le sucedería las mismas cosas que a sus ex novios. Jerry fue bajando la intensidad de su beso y susurró contra su comisura:

—Siento la lengua un poco pastosa, ¿mis labios no se han hinchado?

Ella echó el rostro hacia atrás y lo miró.

—No tienes nada. Todavía —deslizó el dedo índice por su pecho y agregó—: Porque esto recién comienza, cariño.

—¿Estás segura? —Inquirió en un tono que apenas podía entender lo que decía—. Tal vez he sido un poco agresivo al besarte —se mofó.

Sus ojos, ambos, se abrieron como plato. El párpado izquierdo de él empezó a caerse. Era como si una abeja lo hubiese picado.

—Saca tu lengua, Jerry.

Él obedeció y se la enseñó. ¡Joder! Su lengua estaba enorme. La historia se estaba repitiendo igual que la de sus anteriores novios. Ellos se habían alejado de su lado de formas trágicas. Su último novio había incendiado su casa cuando intentaba prepararle una cena romántica. También estaba Tommy, a él no le había quedado un hueso sin romper cada vez que estaba cerca de ella. Y Ben, su primer amor, seguía teniendo pesadillas cuando miraba una foto suya, y prefirió volcar su gusto hacia los hombres. La isla lo estaba haciendo otra vez.

—No quiero que te alarmes —dijo despacio—. Pero creo que estás teniendo una reacción alérgica por algo.

Jerry se tocó los labios que habían comenzado a inflamarse.

—Pero si no he comido nada con cacahuete.

Ella ocultó disimuladamente el frasco con cacahuete.

—Lo siento, es mi culpa —musitó—. Es la maldición de la isla.

—¿La maldición de la isla? —repitió con la voz entrecortada.

—Cada hombre que se me acerca, siempre sale lastimado de alguna u

otra forma —le explicó—. No puedes volver a besarme.

Él intentó esbozar una media sonrisa con su labio hinchado.

—No solo planeo volver a besarte, cariño —dijo, sin poder controlar la saliva de su boca.

—Debo llevarte a un hospital.

—¿Qué tan desfigurado estoy?

—Del uno al diez... diez.

Lo vio buscar el bolso de bandolera que había traído con él y sacó un antialérgico del interior y se lo inyectó en el muslo.

—Me gusta ser precavido —comentó—. Sobre todo cuando eres alérgico a varias cosas.

—¿Te ha pasado seguido, verdad?

—Nunca besando a una mujer —murmuró, el macho alfa herido—. Y que me aspen si me llega a ocurrir cada vez que lo hago —gruñó entre dientes.

Ayudó a Jerry a que estirara las piernas sobre el sofá y él le sujetó la mano para que no se alejara.

—¿A dónde planeabas ir en pijamas? —le preguntó.

Ella soltó un bufido.

—No estoy en pijama —lo contradijo, acariciando su tapado de tigresa—. Iba a tomarme unas copas.

—Vale, quítate la porquería que llevas debajo de ese pelaje que te llevaré a un buen sitio, nena —farfulló, dándole una nalgada en el trasero.

Frunció el ceño.

—Cierra el pico y descansa, porque tú no puedes moverte a ningún sitio.

—Dame veinte minutos y veras, cariño.

Sacudió la cabeza y sonrió.

11. DESPEDIDA DE SOLTEROS

*¿Puedo nombrar algunos de los sueños que tiene
mi pareja en la vida?*

A. Si

B. No

JERRY actuaba como si su rostro no hubiese sido una piñata hacía una hora atrás. Él la había llevado a una discoteca donde quería que se hiciera la despedida de soltero para Alegra y Lennon. El Club tenía su estilo, había shows en vivo y contaba con una pista de baile. También había otros espacios para hablar o ligar sin tener que gritar por encima de la música para hacerte entender. Y para los más cariñosos, había taburetes de cuero móviles en rincones más privados con sus mesitas de cóctel, en forma de cubo suavemente iluminado y que a esa hora estaban todos ocupados.

Jerry se hizo espacio en la barra y le pidió dos chupitos de vodka al camarero.

—¿Cómo puedes tomar alcohol cuando casi mueres? —se quejó.

Él se bebió el vodka de un solo trago y pidió otra ronda.

—Debes divertirte un poco más, Cece —dijo—. Porque no sabes cuándo llegará tu hora.

Enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y crees que emborrachándome seré más feliz?

—¡Joder! ¿Tú nunca te has emborrachado, verdad?

Trató de recordar sus épocas en la universidad.

—Estás pensando demasiado, y eso significa que no —respondió él por ella—. Esa debe ser la razón por la que eres la única soltera en tu grupo de amigas. Relájate y disfruta, Cece.

Lo miró boquiabierto.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alegra? —gruñó.

Él hizo una mueca con la boca.

—Aburrida.

Cogió los dos chupitos que había dejado el camarero sobre la barra y se bebió uno después del otro. Exhaló una bocanada de aire cuando el líquido le ardió en la garganta. Alzó el mentón y sonrió.

—Soy muy divertida —repuso, llamando al camarero con la mano para que le trajera otra ronda.

Jerry sacudió la cabeza.

—Ve más despacio, cupido.

—¿Por qué me besaste, Jerry? —se atrevió a preguntar.

Él echó una ojeada a su alrededor.

—El sitio es ideal para la despedida, ¿no lo crees?

—Jerry...

—Porque eres todo lo opuesto de lo que soy, y supongo que eso me genera intriga. Tienes esa dulzura arrolladora que lo ve todo en color rosa, el amor y toda esa purpurina que le pones, parece que fueses de otro planeta.

Ella bebió otra medida de vodka de una sola vez.

—¿Entonces fue por solo curiosidad?

Se encogió de hombro.

—Y porque... tienes un rostro que es lindo mirar.

—¿Y traducido significa que te parezco atractiva?

—¡Joder, mujer! ¿Qué quieres que diga? —La miró de abajo hacia arriba y añadió—: Estás que te pelas, nena. Me he esforzado tanto en odiarte, que terminaste siendo una droga que no puedo soltar.

Estiró los labios en una especie de sonrisa pícara.

—¿Crees que soy sexy? —lo provocó, sacándose el tapado para quedar con el vestido con lentejuelas que tenía debajo.

Él resopló y se inclinó para darle un beso tierno en el hombro.

—Tienes un trasero que ahora mismo le daría un mordiscón.

Estiró el brazo y le acarició la mandíbula.

—Tú también eres guapo y si no fuese por la maldición de la isla, te juro que...

Acercó sus labios a su oreja y le susurró cosas atrevidas que ni ella misma sabía que podía hacer.

—El vodka te ha subido a la cabeza, nena —murmuró él entre risas.

Cogió la copa de él y se la vació de un solo trago.

—Fuiste tú quien me pidió que bebiera.

—Y ahora te pido que dejes de beber.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y estudió su rostro como si fuese la primera vez que lo miraba.

—Tus ojos tienen motitas verdes, ¿lo sabías?

—Después de treinta y cinco años creo haberlo notado.

—Me gustas, Jerry.

Él esbozó su seductora media sonrisa.

—Existe un dicho que dice que los borrachos siempre dicen la verdad —comentó, mientras deslizaba lentamente su dedo índice por su brazo.

Soltó una risita.

—Puedo pararme en una sola pierna ahora mismo y verás que estoy perfectamente bien.

—Debo decirte algo, Cece...

Ella sujetó su rostro entre sus manos y lo besó con fuerza.

—Jennifer —susurró él.

No había perdido tanto la cordura para no saber que ese no era su nombre. Apartó sus labios y dio un paso atrás.

—Soy Cece —lo corrigió.

—Lo sé —dijo, volteándose hacia el escenario—. Jennifer es la que está cantando.

Su ex cantaba bastante bien y era extremadamente hermosa.

—¿Quieres que nos vayamos?

Él negó con la cabeza.

—Iré a saludarla —continuó—. Vendré en un momento...

—Oh, vale.

Ella miró al camarero y le pidió lo más fuerte que tenía.

Apoyó los codos sobre la barra y bebió un sorbo de su segundo mojito. Dirigió la vista hacia el escenario cuando Jennifer dejó de cantar. Jerry la esperaba como su fans número uno. Resopló. Debió quedarse en su casa. Se le escapó un hipo. ¿A quién quería engañar? Ella no era divertida. El camarero se le acercó otra vez cuando se desocupó de atender a otros clientes.

—¿Y dices que no sabes cómo romper la maldición de la isla? —le preguntó él, curioso.

Ella le había contado de la isla, de sus ex y que acabaría sola y amargada.

—No —respondió, mirando a Jerry por encima del hombro.

—Jennifer lo dejó a pocas semanas de la boda —explayó el camarero.

—Lo sé —murmuró—. ¿Los conoces?

—Venían siempre juntos por aquí —le contó—. ¿Sabes? Deberías ir y marcar tu territorio.

—Gracias, Gege, pero entre él y yo... no existe nada.

—No pareces ser ese tipo de mujer que besa a un hombre porque no siente nada.

Ella giró la cabeza hacia el camarero de golpe.

—Aunque esté atendiendo a otros clientes, yo lo veo todo —repuso Gege, su nuevo amigo—. ¡Ve por él!

Observó durante un rato al camarero y se levantó del taburete, se quedó quieta por un segundo cuando creyó que su alrededor giraba como una calesita, luego se abrió paso a través de la multitud hasta donde estaba el escenario. Quiso llegar hasta Jerry, pero el piso empezó a moverse. Esa era la razón por la que ella no bebía más de una copa de vino. Se sostuvo de una columna que estaba lo suficientemente cerca para ver y oír a Jerry. Jennifer le contaba lo increíblemente bien que le estaba yendo ahora sin él, y para rematar, le estaba presentando a su nuevo novio.

Por lo poco que podía llegar a conocer a Jerry, sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo para no explotar en ira. De repente, hubo un murmullo a sus espaldas. Dos hombres se estaban peleando. No se veían cerca los guardias de la discoteca. La Cece reconciliadora quiso intervenir. La Cece borracha se paró entre los dos hombres que discutían para separarlos. Y la Cece metida vio varias estrellitas antes de caer al suelo en seco, luego de recibir un puñetazo en la nariz.

Despertó desorientada en la cama de un hospital. Se frotó las sienes al sentir una puntada en la cabeza. En realidad, le dolía todo el cuerpo. ¿Cómo diablos había acabado en esa habitación? Abrió los ojos como plato cuando descubrió que tenía la nariz vendada y tuvo un pequeño recuerdo de lo que había ocurrido en la discoteca. La puerta de la habitación se abrió y Jerry ingresó con un café sacado de una máquina. Parecía que él no había pegado un ojo en toda la noche. ¡Joder! Ella debía verse fatal, sin contar que su aliento olía a pescado.

—Haz despertado, cupido.

Soltó un gemido cuando se movió para ahuecar la almohada que tenía a sus espaldas.

—¿Cómo acabe aquí? —quiso saber.

Él arrastró una silla y la puso cerca de la cama.

—¿Qué diablos se te pasó por la cabeza al querer separar a dos hombres que te triplicaban en el tamaño? —le cuestionó, ceñudo.

Cerró los ojos y resopló.

—No lo sé —respondió—. ¿Por lo menos conseguí que dejaran de pelear?

—Sí, y además los dejaste con una enorme culpa cuando te vieron en el suelo por haber recibido un puñetazo que no era para ti.

Ella se quejó cuando intentó reírse.

—Entonces el golpe no fue en vano —se mofó—. ¿Qué tal está mi nariz?

—¿Quieres oír la verdad?

—Por favor...

—Se ve fatal, pero en unos días la hinchazón desaparecerá.

Se tocó la nariz por encima de las vendas. Debía parecer una momia.

—¿Y tú cómo te sientes? —le preguntó.

Él bebió un trago de café.

—Mejor que tú, seguro.

—Las ojeras de tu rostro dicen lo contrario.

Él apoyó sus codos sobre sus muslos y se balanceó hacia ella.

—Dices eso porque todavía no has visto tu rostro, cariño.

—Jerry...

—Me duele un poco la espalda —repuso—. Dormir en una silla mientras esperaba a que despertaras, no ha sido de lo más cómodo, nena —murmuró, haciendo una mueca con la boca.

Revoleó los ojos.

—Me refiero a cómo te sientes después de tu encuentro con Jennifer —le aclaró—. Si mal no recuerdo, hablaste con ella en la discoteca.

La mirada de él se ensombreció.

—Lo siento, no me debes ninguna explicación —se disculpó luego de notar que no quería hablar del asunto—. Solo me pareció que anoche no te veías muy bien.

—¿Y por qué no lo estaría? —Replicó, mordaz—. Me hizo feliz saber que mi ex ahora está mucho mejor que cuando estaba conmigo. Pero lo mejor fue cuando me presentó a su nueva pareja —se rascó la mandíbula y continuó—: El amor de su vida, así fue como lo llamó. ¿Sabes cuál fue mi parte favorita? Cuando me invitó a su boda.

Tragó saliva. Él no parecía estar feliz.

—¿Su boda?

—¡Oh, sí! Su boda, has oído bien —murmuró, sarcástico—. Se casará con él aunque no hace más de un mes que se conocen. ¿Qué aconsejaría *Cece Amor* con un caso como este?

Ella no supo que decir a pesar de ser una experta en el amor. Era como si su don se hubiera apagado al estar cerca de Jerry.

—¿Qué la vida continúa?

—¿La vida continúa? —Repitió—. ¿Ese es el consejo de *Cece Amor*? Pensé que dirías: Ustedes no eran compatibles, ahora eres libre y puedes follarte a quien quieras. ¿Te apuntas, cariño?

A ella no le gustó ni un poco su tono de voz, pero había desarrollado un talento especial para tratar con personalidades difíciles y lo pasó por alto.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

Él se levantó de la silla para buscar al doctor. Después de un momento, apareció acompañado con el médico que la había atendido.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó el doctor, mientras revisaba sus pupilas—. Recibiste un golpe fuerte en la cabeza.

—Me siento como si hubiese recibido un golpe fuerte en la cabeza — intentó sonar divertida—. ¿Cuánto tiempo me queda?

El doctor le echó una ojeada rápida a Jerry.

—No debiste decírselo —musitó—. Te dije que sería yo quien hablara con ella.

Abrió grande los ojos.

—¿Qué ocurre?

El doctor le cogió una mano entre las suyas.

—Te hicimos varios estudios cuando te trajeron...

—¿Voy a morirme? —lo interrumpió.

—Sí.

Ella palideció y pensó en todas las cosas que le quedaban por hacer.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó como si su mundo acabara en pocas horas.

—Dos meses.

—Pero mira el lado positivo Cece, podrás ir a la boda y ser dama de honor —añadió Jerry, como si no le importara que fuera a morirse en dos meses.

Estaba tan entumecida por la noticia, que había quedado muda del espanto. Su cerebro trataba de procesar la información. Se secó una lágrima que rodó por su mejilla con el pulgar.

—¡Te atrapé! —exclamó su doctor con una sonrisa en los labios.

—¿No moriré?

—Sí lo harás, pero no en dos meses —repuso—. Bueno, tan solo que tengas un accidente.

Bajó el mentón y lo miró cautelosa.

—¿Entonces los estudios salieron bien?

—Solo necesitaras un trasplante de riñón.

—¡¿Qué?!

—¡Te atrapé otra vez! —se mofó.

Dirigió la vista hacia Jerry y le lanzó una mirada furiosa. ¿A qué tipo de hospital él la había llevado? Él era el doctor más bruto y torpe que le había tocado. ¿Qué diablos les estaba ocurriendo a las personas últimamente?

—Agradecería que no me hiciera más broma de este tipo, doctor payaso.

Los ojos de él se estrecharon y la expresión divertida desapareció de su rostro. Sacó una libreta y lapicera del bolsillo de la chaqueta blanca.

—Te apuntaré lo que debes hacer antes de darte el alta.

Ella asintió con la cabeza.

—Te daré unos analgésico para el dolor de cabeza —anotó el nombre en el papel—. Deberás regresar para ver cómo sigue tu nariz, y evita meterte en la vida de los demás, ¿vale?

Frunció el ceño.

—No entiendo...

—¿No comprendes? Tu nariz se lastimó por meterte en peleas que no son tuyas —siguió—. Crees saberlo todo sin ni siquiera conocer a las personas ni saber cómo han sido los hechos. Pero ahí vas tú con tu aire de sabionda, dando consejos como si tus palabras fuesen de vida o muerte...

—Ya tienes el alta Cece, puedes levantarte de la cama —interrumpió Jerry—. ¿Verdad, doctor?

—Sí —asintió él a regañadientes y le entregó la receta de malas ganas, y luego se retiró de la habitación.

—¡Joder! —Gimió ella—. ¿Estás seguro que ese hombre trabaja aquí?

Jerry le entregó su ropa que estaba doblada en la silla y le dedicó su sonrisa de póker.

—Cámbiate rápido o tendrás que irte en taxi —le pidió el Jerry que había conocido al principio.

—Que considerado —dijo—. Siempre tan considerado.

12. EL CAMARADA ATACA OTRA VEZ

Siento que mi pareja me respeta realmente.

A. Sí

B. No

DESDE que había puesto un pie en la editorial hasta que ingresó a su oficina, había recibido varias miradas fuera de lo común. Se tocó la bandita que se había puesto en la lastimadura de la nariz. La hinchazón había desaparecido y su rostro no había quedado desfigurado para llamar tanto la atención. Se encogió de hombros. Tal vez estaba siendo un poco paranoica. Llamó a su secretaria luego de sentarse en el escritorio. Katy apareció segundos después.

—¿Han llegado más cartas de mis lectoras para leer? —le preguntó.

—Sí —afirmó—. Te las traeré en un momento.

Katy evitaba verle el rostro.

—¿Está todo bien? —quiso saber.

—Perfecto.

—¿Las cosas con tu marido han mejorado? —siguió indagando.

Su secretaria le echó una mirada rápida y luego fijó su vista en los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Oh, sí, hemos seguido tus consejos y nuestra comunicación ha mejorado con tus técnicas —le contó—. Devon ha dejado de tratarme como una muñeca de porcelana que se puede romper en cualquier momento.

—Me alegro por ustedes.

—¿Necesitas algo más, Cece?

—Sí, necesito que me digas que diablos está pasando —gruñó—. Desde que llegué a la revista me observan como si fuese un animal de

zoológico o en tu caso que ni siquiera te atreves a mirarme a los ojos.

Katy exhaló una bocanada de aire.

—¿Por qué elegiste este momento para hacerte la operación? —Le reprochó—. Sabes que tienes enemigos buscando tu mínimo error para destruirte. ¡Y ni siquiera necesitabas la operación!

Frunció el ceño. Ella no entendía ni una palabra.

—¿De qué operación estás hablando?

Su secretaria se tocó la nariz.

—Ya todos lo saben, no es ningún secreto que te has hecho una rinoplastia.

—¡Pero no me he hecho ninguna operación! —Exclamó—. ¿De dónde has sacado esa idiotez? Sabes cuál es mi postura con las cirugías estéticas. No estoy en contra de ellas, pero no pasaría por un quirófano para operarme la nariz.

—Existen pruebas y todos las han visto —repuso—. Y esta vez no sé cómo defenderte para que tu imagen no se perjudique con tus lectoras.

Ella estaba empezando exasperarse.

—Espera un momento... ¿de qué pruebas estamos hablando? —Cerró los ojos y se respondió sola—: Tengo la impresión que las hallaré en el blog del camarada.

Katy asintió con la cabeza.

Ella respiró hondo. Encendió el ordenador y buscó el blog del camarada e ingresó en su última entrada. Estaba dedicada a ella y se titulaba: «*Cece amor es una mentirosa*». Sintió una punzada en la boca del estómago. Imaginó que no sería nada bueno lo que leería a continuación.

—También eres tendencia en twitter —agregó Katy.

—Vale, pero vamos con uno a la vez.

Rodó la ruedita del mouse y lo siguiente que observó fue una foto

suya en la cama del hospital con la nariz toda vendada que daba la impresión que acababa de salir del quirófano. ¡Gilipollas! Se hundió en el asiento y contó hasta tres. ¿Cómo había hecho para conseguir esa fotografía? Su credibilidad pendía de un hilo. ¡Él era el mentiroso! Había usado la imagen para montar una historia que no era. Alzó la vista y miró a Katy por encima de la pantalla.

—Nada de esto es cierto.

—¿No eres tú la que está en la camilla?

—Sí, lo soy —dijo—. Pero no tengo la nariz vendada porque me haya hecho una cirugía, sino porque me pegaron una trompada en una discoteca.

Su secretaria abrió los ojos como plato.

—¿¿Qué?! —Gimió—. No sé cuál historia es peor de explicar.

—El golpe no fue intencional, intenté separar una pelea y la ligué de arriba.

—¿Sabes quién pudo tomarte la fotografía?

—No —respondió—. Quien la tomó, lo hizo mientras estaba inconsciente.

Los comentarios maliciosos seguían aumentando en el blog. «*Cece amor es un fraude*» «*Tal vez ella tuvo que operarse la nariz porque se le crecía con tantas mentiras que dice*» «*¡Pero si es Cece amor! La que dijo que nunca se haría una cirugía. ¿Acaso nos ha engañado en todo?*» «*¿Estamos viendo el final de la consejera del amor?*» «*Nadie debería leer nunca más un artículo de la depredadora del romance*».

No quiso leer más nada y apagó el ordenador. Internet se había llenado de *haters* contra ella. El camarada del deporte había ganado el juego sin que ella entrara en la cancha. Ella lo había desestimado, nunca pensó que llegaría tan lejos. ¡Él había jugado sucio! ¡Ni siquiera había dado la cara! El aire empezó a faltarle cuando se dio cuenta que si no hacía algo rápido, su carrera

y credibilidad se arruinaría. Dio un golpe en el escritorio con la mano plana.

—¡Menudo gilipollas! —Exclamó, furiosa—. Si tan solo supiese quien es el que intenta destruirme escondiéndose detrás de una máquina. Te juro que...

Ella se quebró en llanto. Estaba agotada, sus últimos días habían sido un infierno y quería que la tormenta se detuviera de una buena vez. Se desprendió los primeros botones de la camisa y se levantó de la butaca para dirigirse a la ventana, luego la abrió y trató de llenar sus pulmones con aire. Katy le sirvió un vaso con agua y se lo dio para que se tranquilizara.

—¿Cómo detendré toda esta mentira? —quiso saber, angustiada.

—Diciendo la verdad, Cece.

—Será mejor que renuncie —dijo sus pensamientos en voz alta—. No quiero que la revista se vea perjudicada si mi credibilidad se va a pique.

—Si renuncias les darás la victoria a esos capullos despechados.

Se sorbió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Acaso no lo ves, Katy? ¡Ellos ya ganaron! ¿Cómo podré seguir aconsejando si todos creen que soy un fraude?

Katy la sujetó de los hombros y luego le dio una bofetada.

—No eres un fraude, zorra estúpida —la corrigió en un tono elevado—. Las personas que has ayudado lo corroboraran. Y te seguro que son muchas más de lo que tú crees. ¡Ya deja de llorisquear como una niña!

Ella asintió con la cabeza. Se llevó una mano a la mejilla y se la acarició. Su secretaria se había vuelto loca. Pero el golpe la había ayudado a entrar en razón. No podía darse por vencida.

—No vuelvas a golpearme, recuerda que todavía sigo siendo tu jefa —le aclaró por si se lo había olvidado.

El rostro de Katy se tiñó de un rojo intenso.

—Oh, lo siento mucho Cece, solo quería que entraras en razón —

explayó—. Y recordé la técnica que me enseñaste para que utilizara con Devon.

—Estoy segura que las bofetadas no estaban incluidas.

—Vale, pero ha funcionado igual.

Puso los brazos en jarra y empezó a girar en círculo, intentando despejar su mente para hallar una solución.

—Si tan solo supiese quién demonios es el camarada del deporte, sería de gran ayuda para poder desenmascararlo.

—Yo sé quién es el camarada del deporte —murmuró Alegra cuando ingresó a su oficina.

—¿Lo sabes? —replicó Katy, sorprendida.

—¿Quién es el hijo de fruta?

Alegra cerró la puerta para que nadie de la editorial escuchase.

—No te va a gustar nada saber quién es.

Bajó la barbilla y la miró con ojos interrogantes.

—¿Acaso lo conozco?

—Sí.

A ella se le vino un solo nombre a la mente.

—¡Madre mía! Debí imaginarme que podía ser el gilipollas de Lennon.

—No es Lennon, Cece —la contradijo—. Él ni siquiera sabía que su primo estaba escribiendo artículos contra ti. En realidad, había olvidado que eras *Cece amor*, él solo te conoce como Cece.

Ella quedó petrificada. ¿Había dicho su primo? Debía haber un error.

—¿Intentas decirme que Jerry es el camarada del deporte?

Alegra se cruzó de brazos y miró al techo.

—Esto es más difícil de los que imaginé.

—¡Responde! —gritó, impaciente.

—Lo siento, Cece...

Ella soltó una carcajada.

—Creo que estás confundida, Alegra —se negó a aceptarlo—. Jerry no puede ser el camarada.

—Quisiera decirte que estoy equivocada, pero no —dijo—. Pasé la noche con Lennon, y esta mañana vi la laptop de Jerry encendida y quise usarla para revisar mis correos y hallé su blog —le contó—. Lennon me confirmó que su primo era el camarada del deporte.

Se cubrió la boca con la mano y dejó caer el cuerpo sobre la butaca. Ahora que lo pensaba bien, su vida se había vuelto patas para arribas cuando él apareció. Desde un primer momento Jerry le había mostrado su desprecio. Jerry estuvo cuando la metieron en prisión. Jerry también estuvo en el hospital. Jerry había sido el capullo que había tomado las fotografías. ¿Por qué él quería destruirla de ese modo? Y fue ahí cuando cayó en la cuenta que su beso había sido parte de su actuación para dañarla. Todo había sido una farsa. Tragó saliva para desatar el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Katy.

Alegra le sujetó una mano entre la suya y se la apretó.

—Me ocuparé de Jerry y haré que él borre todo lo que ha escrito contra a ti.

Ella negó con la cabeza.

—Tú no harás nada —farfulló—. Él tendrá que hablar conmigo y decirme todo lo que piensa en mi cara.

—¿Estás segura?

—El camarada del deporte ya no podrá ocultarse más detrás de una máquina.

13. EL ENEMIGO SIEMPRE ESTUVO CERCA

*¿Sé los momentos más estresantes a los que
mi pareja tiene que enfrentarse?*

*A. Sí
B. No*

LENNON le abrió la puerta vestido con una bata de seda negra. Él tenía los ojos rojos e hinchados y el pelo revuelto. Soltó un bufido. Era cerca del mediodía y el futuro novio recién se estaba despertando. ¿Cómo Alegra había podido enamorarse de un hombre como él? Misterios del universo. Hizo un gran esfuerzo por sonreír.

—¡Cece! —Exclamó él con exagerada emoción—. No sabía que vendrías —murmuró, apoyando la palma de la mano contra el marco de la puerta para impedirle el paso—. Alegra no está aquí.

—Lo sé —repuso—. He venido a ver a tu primo.

—¿A Jerry?

—¿Acaso vives con otro primo más?

Ahora quien esbozó una fingida sonrisa fue él.

—Solo con Jerry y él no se encuentra —respondió—. Y si eso era todo, seguiré descansando los ojos.

«*Holgazán perezoso*». Él usaba el día como noche y la noche como día. No era más que un ricachón mimado. La palabra trabajo debía darle alergia. Ella se agachó y pasó por debajo de su brazo e ingresó antes que él se negara.

—Espero que no te moleste que espere a Jerry aquí —murmuró, mientras se desabrochaba el abrigo.

—De hecho, no creo que mi primo venga durante todo el día —comentó—. Le diré que te llame cuando lo vea.

El gilipollas la estaba echando con disimulo. Podía percibir que intentaba ocultarle algo. Tal vez un aren de mujeres en su alcoba. Frunció la nariz asqueada.

—Se acabó el filtro del café —dijo Jerry, cuando salió de la cocina.

—¡Jerry! —Gimió Lennon—. No sabía que estabas aquí.

Ella se cruzó de brazos y entornó los párpados. ¿Qué tan idiota creía que era? A quien Lennon intentaba ocultar era a su primo. Jerry escupió el café que acaba de beber cuando la vio.

—Cece...

—¡Sorpresa!

—¿Qué haces aquí?

—Vine a visitar al padrino de la boda —explayó, como si ella no quisiera estrangularlo con sus propias manos—. He reservado la discoteca para hacer la despedida de solteros.

Lennon se rascó la nuca y chasqueó la lengua.

—Si hablaran de la boda será mejor que los deje solo.

—Es tu boda, querido primito, deberías quedarte y saber por lo menos a qué hora deberías estar en la iglesia.

—La tarjeta de invitación aclara esos detalles —dijo, ajustándose la bata—. Los dejaré solos así pueden hablar tranquilos.

—*Cobarde...* —susurró Jerry.

—No voy a morderte, Jerry —murmuró ella, sarcástica.

Solo voy a destruirte, capullo, y disfrutaré verte en la ruina.

Jerry frunció el ceño.

—Lo sé —dijo en un tono no tan seguro—. Ha sido una buena idea que reservaras la discoteca.

—El mérito es todo tuyo por haberme llevado allí —replicó—. ¿Sabes? Ser dama de honor me está pareciendo bastante genial, ahora

comprendo porque tú le pusiste tanto interés desde el principio —continuó—. También contraté la banda para la boda.

Él hizo un gesto con la mano.

—Estupendo, nos ha ahorrado tiempo.

—Y dinero —añadió—. Jennifer ha sido un encanto por no querer cobrarnos.

Él tragó saliva.

—¿Jennifer?

—¡Oh, sí! —Gimió—. Espero que no te moleste que haya contratado a tu ex. Jennifer tiene una voz angelical. Y para que ella se sintiera más cómoda en la boda, le dije que llevara a su actual novio. Ella me lo agradeció y te manda saludos.

Jerry soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Por un momento me lo he creído.

Ella enarcó una ceja con arrogancia.

—No bromeo, Jerry —dijo—. Jennifer vendrá a la boda. ¿Acaso te ha molestado que tu ex cante el Ave María para los novios?

Él bajó la vista y se rascó la mejilla.

—Para nada, cupido —respondió—. Jennifer es una cantante grandiosa y lo hará perfecto.

Su reacción no había sido como lo había imaginado, pero todavía no había terminado. Ella se quitó el abrigo y se sentó en el sofá de la sala.

—Me gustaría seguir hablando contigo, pero debo seguir trabajando —farfulló él, invitándola a que se retirara disimuladamente.

Echó una ojeada a su alrededor y luego dirigió la vista hacia el gilipollas.

—¿Trabajas aquí?

—Creo haberte dicho que soy un periodista independiente, y puedo

trabajar desde cualquier sitio.

—¿En cuál noticias estás trabajando ahora? —Preguntó—. Tal vez pueda ayudarte.

—Lo dudo, hacemos periodismo diferente —se atrevió a decirle el capullo—. Lo mío es el deporte.

—Lo había olvidado —mintió—. Ahora que recuerdo, te había pedido si podías averiguar algo acerca del camarada del deporte, ¿has logrado conseguir información sobre él?

Jerry tomó un trago de café y sonrió nervioso.

—No...

—Es una pena, porque el capullo me ha declarado la guerra sin ni siquiera dar la cara. Él ha estado siguiendo mis pasos —le contó—. ¿Sabes? El camarada ha logrado tomarme fotos en momentos menos apropiado y cambiado la información a su conveniencia. Debe ser un periodista fracasado que me necesita para vivir.

Él torció los labios en una mueca de desagrado.

—O tal vez tú le has arruinado la vida y solo busca que bebas un poco de tu propia medicina.

Lo miró a los ojos con actitud desafiante.

—¿Ah, sí? Me gustaría saber cómo pude arruinar su vida cuando solo me dedico a ayudar a personas.

—Le has lavado tanto el cerebro a tus lectoras que ellas hacen lo que tú le dices.

—¿Acaso has leído alguna vez uno de mis artículos?

—No leo idioteces.

Ella entornó los párpados. Empezó a atar cabo y se dio cuenta que Jennifer debía ser una de sus lectoras. Él debía echarle la culpa del rompimiento de su compromiso. Finalmente, comprendió porque Jerry la

odiaba.

—¿No has leído nada mío y te atreves a decirme que les lavo el cerebro a mis lectoras?

—He escuchado a algunas de tus víctimas —dijo—. Y eso me fue suficiente para armar mi propia opinión acerca de tu trabajo.

—¡Tú no sabes una mierda! —Explotó—. Subestimas a mis lectores, ellos no son robot y pueden pensar por sí mismos. Mi trabajo es aconsejar, pero la última palabra la tienen mis lectores. ¡Nunca los he engañado o dado información basura como lo hace el camarada del deporte! —Rugió—. Personas como él avergüenzan el periodismo.

—No te pases, cupido —gruñó a través de los dientes.

—Y las víctimas de que tú hablas, son personas egoístas, despechadas, incapaces de aceptar que sus ex parejas son más felices ahora que no están con ellos. La vida continúa, Jerry o debo llamarte *Camarada*.

Él arqueó las cejas rápidamente ante sus palabras.

—No sé a qué viene todo esto.

—¿No lo sabes? —Replicó, sarcástica—. Tal vez necesites una ayudita para que cantes como un pajarito.

Ella sacó una pistola de su bolso.

Jerry abrió grande los ojos.

—¡¿Qué demonios haces?! —Rugió—. ¿Te has vuelto loca?

Lo apuntó con el revólver y lo obligó a sentarse.

—Finalmente no vemos la cara, *Camarada*.

—Guarda esa arma, Cece —le pidió.

—No tengo nada que perder, lo que más amo en este mundo tú me lo has quitado. Mi profesión se está yendo a pique gracias a tus mentiras.

—¿Mis mentiras? ¡Tú eres un fraude!

—No estás en posición de contradecirme, capullo.

Lennon apareció por la sala y se quedó inmóvil por un momento mientras la estudiaba con la mirada.

—¿A qué va todo esto? —preguntó.

—Tendrás que buscarte a otro padrino para la boda —respondió.

—Oh, vale —murmuró—. ¿Me quedo aquí o puedo regresar a mi alcoba?

—Haz lo que quieras —dijo ella, apretando la mandíbula.

—Me quedaré —repuso, al tiempo que se sentaba en el sofá de un cuerpo y cruzaba las piernas—. Esto será más entretenido que un espectáculo de las vegas.

—¿Te parece entretenido? —Repitió, Jerry—. ¡Ella puede matarme en cualquier momento! ¡Y cuando acabe conmigo, vas a seguir tú, idiota!

Lennon le cerró un ojo.

—Correré el riesgo.

Ella sonrió mordaz.

—Tú primo podrá ser un holgazán, pero tiene algo que se llama PELOTAS.

—Supongo que debo agradecer tu halago a medias.

—Ya cierra el pico —le pidió Jerry con la voz elevada—. ¿Qué quieres Cece?

—Me debes una explicación —farfulló—. ¿Por qué? ¿Por qué me hiciste todo esto?

—Conoces la respuesta.

Sujetó el revólver con las dos manos y lo amenazó con dispararle sino empezaba a hablar.

—Jennifer, mi ex, era tu fiel seguidora y por tu culpa ella rompió conmigo.

—¿Por eso rompiste con tu ex? —Indagó Lennon a sus espaldas—.

Pensé que la habías descubierto con uno de sus amantes.

—Jennifer nunca me engañó.

Lennon entrelazó los dedos detrás de la cabeza y esbozó una sonrisa perezosa.

—Tu ex no se metió en mi cama porque le dije que no —le contó—. Ya sabes... eres mi primo.

Y de repente, ella era la espectadora. Había descubierto que el futuro marido de Alegre tenía algo de códigos.

—¡Jennifer era tu amiga! ¡Tú nos presentaste!

—Sí, pero nunca imaginé que le pedirías matrimonio.

—¡Estuvimos juntos durante cuatro años!

—Y los cuernos te deben llegar a martes —se mofó.

Ella sacudió la cabeza.

—Podemos regresar a mi tema —interrumpió la disputa familiar—. No tengo la culpa que tu ex te haya dejado. Ella me escribió contando su preocupación y yo la aconsejé. Jennifer tomó su propia decisión.

—Mi primo debería besarte lo pies, lo has ayudado a evitar los tramites del divorcio.

—¡Voy a matarte gilipollas! —gruñó Jerry, levantándose del sofá para golpear a su primo.

Ella se puso en el medio y le bloqueó el paso.

—Tú no vas a matar a nadie.

—Gracias, Cece, siempre creí que me odiabas.

—Todavía no me agradas, cierra la boca o seré yo quien te mate —apuntó a Jerry en el pecho con el arma y le pidió—: Regresa a tu asiento.

—¿Qué más quieres? Ya te he respondido lo que querías saber.

—No todo, ¿estuviste detrás de las fotos, verdad?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—¡Oh, por Dios! ¿Fuiste el que metió la estatuilla en mi bolso para que me arrestaran?

—Sí, tuve algo que ver con todo eso —afirmó—. Los sitio a donde te llevé, siempre había una víctima que tú dejaste. El guardia de la tienda, el chef del restaurante, el doctor que te atendió cuando te golpearon en la discoteca. Y del golpe no me hago responsable.

—¡Joder! ¿El club de los vengadores que creaste era para ir tras ella? —volvió a interrumpir Lennon.

—¿Creaste un club para vengarte de mí?

—Prefiero verlo como un club de victimas que tú dejaste.

Ella le entregó el ordenador portátil y le pidió que entrara a su blog y borrara todo lo que había escrito de ella a punta de pistola.

—¿Por qué debo borrarlo?

—Porque sabes que todo lo que escribiste es mentira, y un buen periodista no lo hace.

Jerry hizo *click* y borró todas las entradas que había escrito sobre ella.

—¿El beso que me diste también era parte de tu venganza para lastimarme? —quiso saber.

Él enarcó una ceja.

—¿Tú que crees?

«Que era un mal nacido». Algo dentro de su interior se quebró y se sintió peor que cuando leyó los comentarios maliciosos contra ella en la red.

—Te fuiste al demonio, primito —comentó Lennon, con la boca llena de patatas. ¿En qué momento él había ido por ellas?

Apretó el gatillo del arma y disparó un chorro de agua contra el rostro del camarada del deporte. Chasqueó la lengua y sonrió triunfadora.

—El juego terminó.

Jerry se secó el rostro con las manos.

—¡Me engañaste con un arma de juguete!

Alzó el mentón.

—Estamos a mano, *camarada*.

Lennon se rompió a reír, y se enjuagó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Pensé que no ibas a usarla.

—¿Sabías que era un arma de juguete?

—Sé diferenciar el metal del plástico.

Ella se puso su abrigo y guardó el arma de Tom, el hijo pequeño de Sofía, en su bolso.

—Nos vemos en la boda —se despidió.

—Cece... —la llamó Jerry.

Se detuvo en la puerta y se volteó hacia él.

—¿Sí?

Jerry abrió la boca, la cerró y luego la volvió a abrir.

—Nos vemos en la boda.

14. CORAZÓN CIEGO

*¿Puedo nombrar los parientes de mi
pareja con los que se lleva mal?*

*A. Sí
B. No*

LES HABÍA pedido a los miembros del club una reunión urgente. Él les debía una explicación por haber eliminado de su blog todo lo que tenía contra *Cece amor* cuando estuvieron a un paso de ganar. Frunció el ceño. Pero ellos no parecían estar molestos por haberles tirado abajo el plan. Se aclaró la garganta y dijo:

—Sé que deben tener muchas preguntas por hacerme.

—¿Fuiste tú quién borró los artículos contra Cece? —cuestionó Erik, el chef.

—Sí —afirmó—. Me vi forzado a hacerlo, en ningún momento quise traicionarlos. Debí hablar con ustedes primero, pero créanme, no tuve elección. Deben pensar que soy un idiota porque fui quien creó el club para destruir a Cece, y cuando tuvimos a un paso de hacerlo...

—Nos salvaste de cometer un grave error —lo interrumpió Erik.

—¿Cómo dices?

—Nunca debimos hacer nada de esto, Jerry —le aclaró—. Estábamos molestos porque nos habían dejado y nunca vimos que nuestros ex ahora son más felices. Nuestro ego estaba herido y quisimos buscar un responsable a nuestra desgracia.

Arrugó el entrecejo.

—¿No están enfadados? ¡Pero Cece arruinó nuestras vidas! —exclamó.

El guardia de la tienda se llevó un puñado de patatas a la boca y alzó

la mano para hablar.

—De hecho, que me hayan dejado fue lo mejor que pudo sucederme —dijo con la boca llena—. Al principio no lo vi de ese modo, pero ahora estoy conociendo a alguien...

—¡Joder! —Gruñó—. ¡No pueden hablar en serio!

—Empiezo a creer que Cece amor no estaba equivocada —agregó el doctor—. También he empezado una nueva relación con una de las enfermeras del hospital y estoy feliz.

Se quedó boquiabierto y asqueado por lo que estaba oyendo. Ahora era él quien se sentía traicionado.

—¿Piensas igual que ellos, Erik?

El chef cerró los ojos y resopló.

—Vale, te lo diré de una vez, estoy saliendo con alguien y siento que es la mujer de mi vida. Y no la hubiera conocido de no ser por ti y por Cece.

—¿A qué te refieres?

—Tú la llevaste al restaurante, es la dueña de la revista *Mujeres arriba*, donde trabaja Cece.

Parpadeó, incrédulo.

—¿Acaso todos piensan lo mismo? —cuestionó, mirando uno por uno.

—¡Claro que no! —Gruñó el diseñador de moda

Alzó la vista al techo y agradeció.

—Cece amor en la zorra que arruinó mi matrimonio.

—¡No la llame zorra maldito idiota! —rugió él.

El diseñador hizo una mueca con los labios.

—Y ahora tú también la defiendes... —murmuró por lo bajo.

Erik abrió una lata de cerveza y bebió un trago.

—¿Y qué me dices de ti, Jerry? ¿No has conocido a nadie durante tus días de soltero?

Él revoleó los ojos.

—¿Si conocí a alguien? La mayor parte de mi tiempo lo he pasado con la depredadora del romance —respondió—. Y ahora mismo siento un vacío en el pecho que no sé cómo llenarlo desde que toda esta venganza acabó.

El doctor apoyó un codo sobre el respaldo del sofá y se cruzó de piernas.

—¿Ah, sí? ¿Y no probaste con llamar a Cece?

—Ella me odia —les contó—. Se enteró que yo era el camarada del deporte y no quiere verme ni en figurita.

—¿Y qué fue lo que sentiste cuando ella descubrió quien eras? —preguntó

Erik, como si estuviese en una sesión con su sicólogo.

—Me sentí atrapado y terrible, me había acostumbrado a pasar tiempo con ella y ahora no hago otra cosa que chequear mi teléfono cada dos minutos por las dudas de recibir un llamado suyo.

Los miembros del club se miraron el uno al otro y se rieron.

—¿Y entre ustedes no hubo nada durante ese tiempo que pasaron juntos? —El guardia carraspeó—. Por supuesto, en nombre de la venganza.

—Tal vez haya habido uno que otro beso —balbuceó.

—¡Pero si eres un gilipollas, Jerry! —Gritó Erik—. ¡Admite que Cece te gusta!

Agitó una mano en el aire para despachar esa idea. Estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

—Cece es una mujer hermosa y cualquiera de esta habitación también lo puede ver —explayó—. Pero lo único que siento por ella es... es desprecio. Me engañó con una pistola de agua para que borrara mis artículos del blog. Y eso mis queridos amigos, no se hace.

—Tú hiciste que pasara una noche en prisión —le recordó el guardia.

—También hiciste que se tirara un pedo delante de un párroco, y por no decir que por poco no se fue por el inodoro del restaurante.

—Y le inventaste una operación de rinoplastia —añadió a la lista el doctor.

—Vale, ya entendí, tampoco soy un santo.

—La perderás si dejas que el orgullo gane —musitó Erik, el nuevo consejero del amor.

—No la perderé porque nunca la tuve.

—Mi novia me contó que Cece ha recibido una propuesta importante de una revista de Nueva York.

Él enarcó una ceja.

—¿Novia?

—Susan pronto será mi esposa.

—¿Por qué insistes en quemarte dos veces?

—Cece se irá a Nueva York —repitió Erik.

—Ya escuché eso...

—¿No te molesta?

—¡Demonios, sí! —Gruñó—. He intentado mil modos posibles para odiarla, pero no puedo.

Cece no podía irse. Cece no podía dejarlo.

—Entonces deberías llamarla —le aconsejó el guardia.

Soltó un bufido.

—Ella me mandará al mismo demonio.

—Tendrás que buscar el modo para hablar con ella frente a frente —le recomendó el doctor.

—Como si eso fuese tan fácil... —replicó.

El diseñador que había pasado varios minutos en silencio, se levantó de golpe del sofá.

—No puedo seguir oyendo esto, me largo de aquí —murmuró,
molesto.

15. ALIADA

Nos encanta conversar entre nosotros.

A. Sí

B. No

SE ACOMODÓ el nudo de la corbata y respiró hondo antes de golpear la puerta donde la novia se estaba arreglando. Cece era la dama de honor y debía estar acompañando a Alegria. Ella no atendía sus llamados y le había prohibido la entrada en la editorial. Debía hablar con Cece antes que comenzara la ceremonia. La puerta se abrió y lo atendió un niño vestido de esmoquin y con una sonrisa traviesa.

—Tú no eres el novio —le dijo.

—No, busco a Cece, ¿ella está aquí?

—¿Quién es Tom? —preguntaron desde la habitación.

—¿Sabes? Yo llevaré los anillos —le contó.

—¿En serio? Estoy seguro que lo harás muy bien.

—¿Puedo contarte un secreto?

Él se acuclilló y se puso a su altura.

—Claro, campeón.

—Perdí uno de los anillos y mi mamá tuvo que comprar uno nuevo, y me pidió que mi tía Alegria no debía enterarse de nada.

Él hizo una mueca que se cocía la boca.

—Seré una tumba.

El niño soltó una carcajada.

—No puedes ser una tumba —murmuró como si hubiese dicho una tontería.

La puerta se abrió un poco más y salió una mujer rubia y por sus ojos

azules, supuso que debía ser la madre del niño.

—Lo siento, mi hijo suele ser un poco entrometido —se disculpó, bajó la mirada hacia el niño y agregó—: Ve a practicar tu pasada Tom, e intenta no perder el anillo, ¿vale?

Tom asintió con la cabeza e ingresó corriendo a la habitación.

—Perece un buen niño —comentó él.

—Cuídalo por una hora y cambiarás de parecer —dijo, divertida—.

¿A quién buscas?

—A Cece...

—Ella todavía no ha llegado, ¿quieres que le deje algún mensaje?

—¿Qué haces aquí, Jerry? —gruñó Alegra, haciendo a un lado a la dama de honor.

—Necesito hablar con Cece.

Alegra puso los brazos en jarra y ladeó la cabeza hacia un costado.

—Cece no quiere verte ni pintado.

La dama de honor entornó los párpados.

—¿Tú eres el camarada del deporte?

—Él es el mismo, Sofía —respondió la novia por él.

Todo iba a ser más difícil de lo que imaginó.

—Vale, la he cagado y estoy arrepentido de lo que hice —admitió—.

La hice responsable de todo lo que me sucedió, pero no me arrepiento de haberla conocido. Intenté odiarla, sacarla de mi cabeza, ¡diablos! ¡No puedo! ¡No puedo dejar de pensar en ella! —Siguió—. Quiero mirarla a los ojos y pedirle que me perdone, y decirle que el beso que nos dimos significa mucho para mí. Tal vez... tal vez seamos el uno para el otro. Ella... ella puede usar su don —hizo una pausa para respirar—. Y si su don dice que no estamos hechos para estar junto, entonces desapareceré de su vida para siempre. ¿Van a decirme dónde está Cece?

—No.

—¿No? —Repitió—. ¿Por qué no? Debo hablar con ella antes de que se vaya a Nueva York.

—¿Cece se irá a Nueva York? —preguntó Sofía.

Alegra se acomodó la falda del vestido de novia.

—Cece no puede usar su don para ella y aunque fueses el hombre de su vida, no puede verte —le explicó.

—Es por la maldición de la isla —agregó otra de las damas de honor que también estaba en la habitación—. Ella no puede ver el amor.

—¿Tú sabías que Cece se irá a Nueva York, Rachel? —volvió a preguntar Sofía.

—¿Maldición de la isla? —Repitió él—. ¡No son más que bobadas! —chilló.

—Eso es lo que siempre le decimos a Cece —dijo tanto la novia como las damas de honor.

—Cece es supersticiosa —murmuró Sofía, cruzándose de brazos.

—Pero es buena emparejando a personas —comentó Rachel.

—Si quieres a Cece contigo, tendrás que pensar algo rápido e ingenioso para que ella deje de creer que está maldita —le aconsejó Alegra.

Su situación se ponía cada vez más difícil. Luego se ocuparía de ese detalle.

—Lo haré, pero ahora necesito saber dónde está ella.

Sofía achicó los ojos y le lanzó una mirada astuta.

—¿La quieres de verdad o forma parte de tu venganza?

Contó hasta tres y respiró hondo. Saber dónde estaba Cece era más complicado que hallar la caja de pandora.

—No haría todo esto si no la quisiera de verdad, ¿van a ayudarme?

Alegra cogió su teléfono y chequeó la pantalla.

—Se le quedó el coche en la carretera y está esperando a la grúa —le enseñó el móvil—. Esta es la dirección, tal vez tú puedes ir por ella.

Esbozó una amplia sonrisa y anotó la dirección. Ahora que sabía dónde estaba, se sentía más nervioso. Ella podía rechazarlo y la idea lo sofocó. Besó a Alegra en las mejillas y le dijo lo hermosa que se veía con el vestido. No lo dejaron ir hasta dejarle en claro que si lastimaba a Cece, terminaría con una bala en el pecho y lo hallarían en un descampado. Él no tenía duda que ellas lo harían.

—¡No lleguen tarde a la boda, Jerry! —Gritó Alegra—. ¡Ustedes son los padrinos!

—¿Sabían que Cece se iría a Nueva York? —oyó a Sofía preguntar.

16. CORTEJO

Nuestra vida sexual es en su mayoría satisfactoria.

A. Sí

B. No

LEVANTÓ el capo y se apartó cuando una bocanada de humo negro subió desde el motor. Soltó un bufido de exasperación. Su coche había sido muy oportuno en descomponerse en el día en el que ella era la dama de honor de su mejor amiga. Llamó a la grúa y tenían dos horas de demora. ¡La boda era en dos horas! Y todavía le faltaba vestirse, maquillarse. Una especie de histeria empezó a apoderarse de ella.

Envió un mensaje a su grupo de amigas avisando lo que le había ocurrido y en donde estaba. Alegra, la flamante novia, le pidió que se tranquilizara en el día en el que ella debía ser quien se lo pidiera. Sus amigas quedaron en mandarle un coche para que fuera por ella. Recién pudo tranquilizarse cuando vio el Mercedes negro con varios moños blancos pegados en el techo. Tuvo la sensación que ese era el vehículo que Alegra le había enviado.

El coche se aparcó delante de ella, tenía latas colgando en el paragolpes y un cartelito que decía «*recién casados*». Cogió su vestido de dama de honor que tenía en el asiento trasero y se bajó del vehículo. Exhaló una bocanada de aire y relajó los hombros. Llegaría a la boda a tiempo. Se subió al coche que había ido por ella y acomodó con cuidado el vestido sobre el asiento para que no se arrugara.

—Gracias por buscarme —le dijo al chofer—. Lamento que tuviera que perder de su tiempo.

El seguro de las puertas se bajó de golpe. El chofer se volteó hacia el

asiento trasero y su rostro palideció cuando supo quién había ido por ella.

—Ha sido un placer venir por ti, cupido.

—¿Qué demonios crees que haces? —gruñó.

—También me da gusto de verte —replicó el gilipollas.

Apretó los labios y quiso salir del coche.

—¡Abre la jodida puerta, Jerry!

—No lo haré hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—¿Crees que quiero oírte después de lo que me hiciste, *camarada del deporte*?

Él hizo un gesto burlón con los labios.

—Podemos quedarnos aquí todo el día.

A ella se le escapó un grito furioso.

—¡Somos los padrinos de la boda!

—Boda que no iremos si te encaprichas en no querer oírme —murmuró con una tranquilidad que la molestó aún más.

Se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. ¿Acaso él no se había conformado con las cosas que le había hecho que además tenía que secuestrarla? Se enfadó con su costado estúpido y sensible que se alegraba de verlo de nuevo. «Debes odiarlo», se mentalizó, o él la destrozaría en mil pedazos. Otra vez.

—¿Planeas matarme para acabar con tu venganza?

Él quiso sujetarle una mano, pero logró apartarla con rapidez. Su contacto no le haría más fácil las cosas. Él se veía apuesto con su traje de padrino y hasta se había peinado.

—Haz rechazado todos mis llamados, me has prohibido el ingreso a la editorial y a tu edificio, y tenerte contra tu voluntad fue el único método que encontré para hablar contigo —se excusó él.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber.

—La novia y las damas de honor me lo dijeron.

La traición de sus amigas la hizo sentir peor.

—No te enfades con ellas —le dijo al ver su cara—. Solo quisieron ayudarte.

Enarcó una ceja.

—¿Enviándome a mi enemigo?

—No soy tu enemigo, Cece.

Se inclinó hacia delante y entornó los párpados.

—¿Ah, no? ¿Acaso no fuiste tú el que creo un club para lastimarme?

Jerry se pasó una mano por la boca y respiró hondo.

—Solo intento disculparme por lo que te hice, fui un idiota —explayó—. Sé que no puedo volver el tiempo atrás pero he intentado corregir mi error, ¿has leído mi blog? —le preguntó.

El camarada del deporte le había dedicado un post más a *Cece amor*, donde se retractaba de sus palabras y explicaba la verdad de las fotos. Y al exponer la verdad, él había perdido gran parte de sus seguidores. La carrera del camarada se había visto afectada.

—No lo leí —mintió—. Pero mi secretaria me puso al tanto.

—Todo lo que escribí es lo que siento y pienso.

Ella apartó la vista hacia la ventanilla.

—Vale, te has disculpado, ¿ahora podemos irnos?

—Te mentí cuando te hice creer que el beso no había saignificado nada para mí... ¿podrías mirarme, Cece?

Ella lo miró y le dedicó una sonrisa fría y forzada.

—Me pediste que te escuchara, en el trato no estaba incluido tener que verte —replicó—. Si ya has terminado, me gustaría ir a una boda.

Él arrugó el entrecejo.

—Lo que intento decirte es que te extraño, me gustas y me moriría si

aceptas tu empleo en Nueva York.

¿Su empleo en Nueva York? ¿De dónde había sacado eso?

—Lo nuestro nunca existió, Jerry. Todo fue una mentira y el beso no significó nada para mí —murmuró—. Es una estupidez seguir hablando de esto.

Él levantó sus cejas.

—¿Entonces no te molestará si te beso por última vez?

—Será como besarme con una pared.

Jerry le dedicó una peligrosa sonrisa. Se abalanzó sobre ella y rodeó con su mano la parte posterior de su cabeza, mientras sus labios encontraban los de ella. Rozó su boca con la lengua hasta que se abrieron y la deslizó dentro, lento e insistente. Lanzó un gemido de aceptación que sonó como una caricia para el ego de Jerry. ¿A quién quería engañar? ¡Él le gustaba tal como era! Un bastardo que le había engañado pero no le importó manchar su carrera con tal de corregir su error. Había sido lo más tierno que alguien había hecho por ella.

Él la sujetó de la cintura, la llevó a su asiento de conductor y la sentó a horcajadas sobre su regazo, sin apartar sus labios de su boca. No lo detuvo ni la incomodidad del coche ni que ella se golpeará la espalda con el volante. Le alzó la barbilla exigiendo que lo mirase.

—Me gustas, Cece —farfulló, acariciándole las mejillas con los pulgares.

—Jerry... yo... —balbuceó.

Ella no quería que se detuviera. Quería seguir en sus brazos y sentir el calor de su cuerpo. Pero si de verdad lo quería, debía detenerlo. Ella estaba maldita y todos sus ex no habían salido ilesos de su lado. Debía aceptarlo, estaba destinada a terminar sola. Él se apartó de ella cuando lo mordió fuerte en los labios. Extendió el brazo, quitó el seguro de la puerta y salió corriendo

del coche.

Él cerró los ojos y elevó una plegaria pidiendo paciencia.

—¡Detente Cece!

—¡No me sigas Jerry! —dijo casi rugiendo, como si pronunciara blasfemia.

—Vale, lo he pillado, tú no me quieres —musitó en voz alta—. Regresa al coche que te llevaré a la boda —le pidió, limpiándose con el pulgar el rastro de sangre que le había quedado en el labio.

Ella se detuvo y se volteó hacia él.

—Me gustas Jerry, pero si no detengo esto ahora, saldrás lastimado — intentó explicarle.

Él dio un paso hacia ella y puso los brazos en jarra.

—Saldré lastimado si no me das una oportunidad, cariño.

Ella acortó la distancia que había entre los dos. Soltó un sollozo y lo golpeó en el pecho con los puños.

—¡Debes hacerlo, Jerry! —Gruñó—. ¡Te mereces algo mejor! ¡No podré soportar verte sufrir por mi culpa!

Jerry le sujetó las muñecas y la llevó contra su pecho.

—¿Todo este drama viene por la supuesta maldición de la isla?

—Es real, Jerry, y no puedes hacer nada al respecto.

Él le dio un beso tierno en la frente y sonrió.

—Hallé la solución para romper el hechizo.

Bajó la barbilla y lo miró a los ojos.

—¿Ah, sí?

Jerry sacó del bolsillo interno de su chaqueta un pequeño frasco con arena.

Ella adoptó una expresión confundida.

—¿Qué haces con eso?

—La arena simboliza nuestra propia isla y a las reglas la pondremos nosotros —abrió el frasco y sacó un puñado de arena—. Y declaro como primera norma que Cece amor sea libre para amar y que puedas hallar al hombre de tu vida —hizo una pausa—. Espero ser yo ese hombre o venderé mi parte de la isla.

Movió la cabeza y se mordisqueó el labio inferior.

—Que bobadas dices...

Jerry le sujetó el rostro entre las manos.

—Quiero estar contigo, cariño, y nadie podrá detenerme —repuso—. En mi isla estarás protegida.

—¿Y en qué sitio exacto se encontraría nuestra isla?

La descarada picardía de la sonrisa lenta y perezosa con la que él la obsequió, la dejó sin aliento.

—En el sitio que tú quieras que esté, cupido —respondió—. Aquí, en la luna o en el coche.

Podía oír los latidos de su corazón. Liberó su mente de la superstición que la esclavizó durante tantos años. Tal vez Jerry era su marinero que la sacó de la isla para llevársela con él.

—¿Somos los únicos habitantes? —preguntó, provocadora.

Él le llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Nadie más que tú y yo, nena —dijo, acariciándole la mejilla con la nariz—. ¿Qué dices si la estrenamos?

Ella le dio un beso rápido en los labios.

—Digo que somos los padrinos de una boda y que tenemos que irnos.

Jerry entrelazó los dedos de su mano con la suya y la tironeó hacia el coche de los novios.

—Nos sobran veinte minutos —murmuró él, con una sonrisa traviesa.

—Con diez es suficiente... —replicó, cerrándole un ojo.

17. LOS PADRINOS

Siento que mi pareja me conoce muy bien.

A. Si

B. No

SUBIÓ corriendo la escalinata de la capilla mientras Jerry estacionaba el coche y se acomodaba el traje. Faltaban veinte minutos para que la ceremonia comenzara y ella todavía no estaba vestida ni arreglada. ¡Y ella era la dama de honor! Lennon la frenó en la puerta de la capilla.

—¿Dónde diablos se habían metido? —Gruñó—. Alegre estaba histérica porque faltaban los padrinos y el coche de los novios.

—Lo siento —dijo casi sin aliento—. Jerry tuvo que ir a buscarme porque mi coche se descompuso y... había mucho tráfico.

El novio se secó la transpiración de la frente y se acomodó el moño del esmoquin. Era la primera vez que veía a Lennon tan nervioso. A él le gustaba dar la imagen del apuesto niño rico que lo tenía todo y que se llevaba el mundo por delante. Puso una mano en su hombro.

—Tranquilo, pudo ser peor —explayó—. Por ejemplo, que la novia fuese la que desapareciera.

Él relajó los hombros cuando observó a Jerry subiendo las escalinatas.

—Mis pelotas acaban de volver a su lugar —dijo, cuando estrechó la mano con el padrino—. Pensé que todo esto sería más sencillo.

—Bueno, es una boda —replicó ella.

—Hubiese sido más complicado si la novia decidía cancelar todo a último momento —agregó Jerry.

Lennon hizo una mueca.

—Los dos me dijeron lo mismo.

Jerry le echó una ojeada de reojo y esbozó su seductora media sonrisa,

a la vez que rodeaba su cintura con un brazo. Ella se le quedó mirando como una boba, todavía podía oler su perfume en su piel.

—Veo que los rencores quedaron en el pasado —comentó Lennon.

Jerry inclinó la cabeza y le dio un beso tierno en la sien.

—Absolutamente, primo.

Lennon se cruzó de brazos y chasqueó la lengua.

—¡Joder ustedes acaban de tener sexo! —Abrió grande los ojos—.

¿En mi coche?

Ella tragó saliva.

—Iré a cambiarme y a ver a Alegra.

Alegra la sujetó fuerte del brazo y la detuvo de golpe antes de caminar por la alfombra roja.

—Me falta el aire, no puedo hacer esto —dijo en un tono cargado de pánico—. La boda ha sido una mala idea.

Sofía le levantó el velo del rostro y la miró fijo a los ojos.

—Mala idea una mierda, vas a ir hasta el altar y te casarás con tu semental —le ordenó—. Mi hijo está muy ilusionado de llevar los anillos y no lo vas a decepcionar, ¿verdad Tom?

El niño se encogió de hombro.

—¿Puedo quitarme el moño? —preguntó, mientras se lo estiraba.

—¡No! —respondió tanto la novia como las damas de honor.

Sujetó las manos de la novia entre las suyas.

—¿Qué ocurre Alegra?

—Lennon conocerá a mi padre cuando me lleve hasta el altar.

—Bueno, él será su suegro y el abuelo de su hijo —murmuró Rachel—. En algún momento ellos debían conocerse.

Las damas de honor se rieron.

—Ya es tarde para que tu padre quiera cancelar la boda porque su yerno no le agrada —aunque ella lo haría—. Respira hondo y sonríe.

Alegra sacudió la cabeza.

—Lennon sabrá quién soy cuando vea a mi padre —les contó.

—¿Y el novio no sabe quién será su futura esposa? —indagó Sofía.

—Él no sabe que nos conocemos desde niños, mis padres eran amigos de su familia y solíamos pasar los veranos juntos.

—¿Qué hay de malo que ustedes ya se conozcan? —preguntó Katy, su secretaria, que también era una de las damas de honor.

—No terminamos bien en aquella época.

—¡Por el amor de Dios, es Lennon! —Se mofó Rachel—. Te aseguro que él no reconocerá a tu padre, ni siquiera sabe que fue lo que hizo la noche anterior.

Todas se rieron y le dieron la razón a Rachel. El padre de Alegra se apareció en la habitación cuando el piano empezó a sonar. Él miró con ternura a su hija y la novia volvió a la normalidad.

—¿Estás preparada, cariño?

Alegra respiró hondo y asintió.

Sofía sujetó a Tom de los hombros y le dijo que él debía ser el primero en aparecer porque era el que llevaba los anillos, y las damas de honor lo seguirían a continuación, preparando la aparición de la novia. Las puertas se abrieron y los invitados se pusieron de pie. Avanzó despacio por la alfombra roja mientras arrojaba pétalos de rosas blancas. El corazón le dio un vuelco cuando observó al padrino parado al lado del novio. Podía imaginarse a ella misma en un par de meses entrando por la misma puerta pero vestida de blanco. Salió de su transe cuando Tom se detuvo de golpe al tropezarse con sus cordones desatados.

Se agachó para ayudarlo a recoger las alianzas que se habían caído de la almohadilla. Inmediatamente se oyó un «*crack*» y sintió una suave brisa por su cuerpo. ¡Oh, por Dios! La costura de su vestido había empezado a abrirse. Sintió pánico de levantarse. Ella quedaría desnuda en una capilla repleta de personas.

—Ya tengo los anillos, tía —dijo el niño, enseñándole las alianzas.

—Puedes levantarte del suelo, Cece —susurró Sofía, a través de los dientes—. La novia está esperando entrar.

No hizo falta que dijera nada, porque en un santiamén, tenía a Jerry a su lado quitándose la chaqueta para entregársela. Se la puso rápido ante las miradas indiscretas. Hubiera sido peor que ellos descubrieran la faja que utilizaba debajo del vestido para ocultar sus kilos de más.

—Gracias, cariño —murmuró.

—Te ves hermosa, cupido.

—Tú también —replicó—. Espera un momento, ¿cómo supiste...? ¡Hijo de fruta! ¿El diseñador al que me llevaste también era miembro de tu club, verdad?

Él arrugó la frente y se rascó la nuca.

—Lo siento, nena, él no debió enviarte el vestido.

Se abrochó la chaqueta y alzó el mentón.

—Vale, te perdono y haré de cuenta que esto no ha sucedido.

—También te perdono que mi ex esté cantando el Ave María en la boda que debió ser nuestra.

Abrió grande los ojos. ¡Joder! Ella se había olvidado de cancelar el número de Jennifer. De hecho, no lo había olvidado. Hasta hacía unas horas, ella odiaba a Jerry. Se encogió de hombro. La vida era una caja de sorpresa.

—Estamos a manos, cariño —replicó con una falsa inocencia.

Él entornó los párpados.

—Eso pensé.

Sofía se aclaró la garganta.

—¿Podrían dejar la discusión para otro momento y avanzar?

—No estamos discutiendo —dijeron los dos a la vez.

Se miraron el uno al otro y sonrieron al darse cuenta que habían coincidido por segunda vez en el día. Después de todo, tal vez sí habían nacido para estar juntos. Él era su isla. Jerry pasó el brazo por su codo y caminaron juntos hasta el altar.

EPÍLOGO

Queridas lectoras,

A todas nos asaltan las dudas de vez en cuando y no sabemos si la persona con la que estamos será la definitiva o no. A veces, los caminos del amor son inciertos. Puede que estés enamorada de un chico ideal, que estén juntos hace bastante tiempo y que parezca que es la persona indicada para ti pero... ¿Aún tienes pequeñas dudas? ¿Hay algo que te inquieta, te perturba, te atormenta?

Tanto si quieres saber si ustedes realmente están hechos el uno para el otro como si intentas ratificar lo compatibles que son, si tuviste contestando las preguntas respondiendo por un SÍ o por un NO, te daré la respuesta del test:

Si la mayoría de tus respuestas ha sido un NO= Tu relación puede estar en serios problemas. Si esto te importa, probablemente tu relación valga la pena como para tratar de solucionar los conflictos.

Si tus respuestas han sido de forma equitativas= Éste es un momento crucial en su relación. Hay muchas ventajas que pueden aprovechar, pero también existen diferencias que requieren su atención.

Si la mayoría de tus respuestas han sido un SÍ= Tienes gran fortaleza en tu relación. ¡Felicitaciones!

Tu consejera,

Cece Amar

Próxima novela a publicar «*Esperando la cigüeña*».

Lennon y Alegra tendrán su propia historia.